

Conductor



ROBERTO ARLT

JULIO — AGOSTO

1 9 4 2

Portada de
Augusto I. Vallmitjana

todo el
material de
"conducta"
es inédito
y ha sido
especialmente
escrito y
ordenado
para esta
revista de
escritores

conducta

redacción:
Corrientes 1530
35 — 3606

Reg. Nac. de la Pdad. Int.
114351

0.20
el cuaderno

fotografías de:
AUGUSTO I.
VALLMITJANA

CORREO ARGENTINO

TARIFA REDUCIDA
Concesión 4342

teatro del pueblo

actores —

Catalina Asta - José Alvarez - Remo Asta - Juan
Carlos Bettini - Bernardo Condou - Juan Eresky
Celia Eresky - Rosa Eresky - Mari Galimberti
Josefa Goldar - Mario Genovesi - Fernando
Guerra - Oscar Gutiérrez - Elsa Hidalgo
Roberto Leydet - Mecha Martínez - Irma
Mateljan - Mario Menéndez - Pascual Naccarati
José Petriz - Adolfinia Robles - Elda Vázquez
Víctor N. Vidaurrázaga - Rafael Angel Zamudio

decorador — Manuel Aguiar

ayudante — Oscar Piuselli

luces — Heriberto Pérez

sonido — Manuel Blanco
Emilio Ramírez

fotógrafo — Augusto I. Vallmitjana

médico — Dr. Vicente Pérez Fernández

modista — Beatriz Berhó

administ. — Carlos Lacoste - Nicolás
Castronuovo - Pedro Talentón

secretario — Mario S. Cao

director — Leónidas Barletta

LUNES A LAS 18.30 — CONCIERTO

MARTES A LAS 18.30 — FUNCION

MIÉRCOLES A LAS 18.30 — FUNCION

JUEVES A LAS 18.30 — CONCIERTO

JUEVES A LAS 21 — FUNCION

VIERNES A LAS 18.30 — POLEMICO

SABADO A LAS 18.30 Y 21 — FUNCION

DOMINGO A LAS 18.30 Y 21 — FUNCION

Conducta

al servicio del pueblo

Entra el Teatro del Pueblo en su undécimo año de vida con un sólido prestigio, abonado por el juicio crítico de la prensa del país y de toda América.

La sinceridad y seriedad de esta organización ha hecho posible esta obra de bien público que la Municipalidad, con certera visión, apoyó desde sus primeros pasos.

En el año pasado el balance de sus actividades no pudo ser más favorable. La concurrencia de público alcanzó un quince por ciento de aumento sobre el público de años anteriores.

Cumplió con eficacia sus postulados manteniendo el bajo precio de su entrada. La compañía teatral, una de las más completas de la ciudad, interpretó con preferencia obras de escritores argentinos, estrenando a dos de los más célebres poetas del momento: Ezequiel Martínez Estrada y Horacio Rega Molina.

(Boletín del Honorable Concejo Deliberante
Nos. 29/30. Págs. 157/8/9/60. Mayo 1942).



escritos inéditos de:

- Horacio Rega Molina
- Roberto Mariani
- Conrado Nalé Roxlo
- Marisa S Vernengo
- Octavio Rivas Rooney
- César Fernández
- Nicolás Olivari
- Pedro F. Calvo
- Leónidas Barletta
- Augusto M Delfino
- Roberto Arlt
- Guerin
- Eduardo G La ruza
- Pedro Ortiz Barili
- Juan Pinto
- Guillermo P. Whitelov
- A. Vázquez Escalante
- Blas Raúl Gallo
- Teresa Gainza
- Roberto Ledesma
- María Rosa Durán
- J. Itzcovitz
- Francisco Silva
- Paulina Medeiros
- Mario S. Cao

dibujos de:

- Enrique Chelo
- Clement Moreau

ARLT

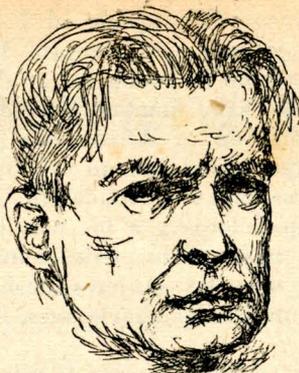
*¡Si yo supiera todo lo que sabes,
Lo que desde tu muerte has aprendido,
Lejos del canto y las palabras graves,
Fría la boca, inútil el oído!*

*¡Qué sumidas las lágrimas, qué suaves
Te lavan muerto y por recién nacido
Y te dan las figuras y las claves
De lo que fuiste y de lo que has sido!*

*Recóndita paciencia anuda el llanto,
A tu lado se plasman las matrices
De la resurrección, y mientras tanto*

*Te veo en tu centón de lodo y piedra
Acunado por mórbidas raíces,
Riéndote del ciprés y de la hiedra.*

Horacio Rega Molina



Dibujo de Clement Moreau

ROBERTO ARLT

¿Qué entiende la gente por buena persona?

Buena persona es aquel de quien los demás —y los diarios— dicen inteligente, honrado, diputado, virtuoso, distinguido, campeón de billar, presidente de ciertas instituciones; también son buenas personas aquellos que otros califican de hipócritas. Pero, principalmente, son buenas personas aquellos que dicen con palabras de su boca —o de su pluma— diversas moralidades más o menos tiernas, que incitan a los demás —aquí estoy hablando con bastante exactitud— a ser buenos, generosos, altruistas.

Todos estos seres humanos más o menos canallitas, son las buenas personas según la gente. ¿Y qué va a hacer la gente, si no tiene tiempo para meditar todos los lugares comunes? Está la gente demasiado ocupada en hacer dinero para perder tiempo en revisar ciertos principios activos aunque informados.

Acepta, pues, que sean buenas personas esos que dije. Y, por contra, son malas personas aquellos hijos de Dios más o menos insignificantes, aquellos que no hablan sistemáticamente de la bondad, aquellos que tienen deudas, y, finalmente, aquellos que se acusan a sí mismos de algún pecado o delito.

A Roberto Arlt le gustaba jugar con estas absurdas leyes de la convivencia social.

Se divertía asombrando a la gente cuando invertía, por así decirlo, los signos correspondientes a las buenas y a las malas personas. Contaba de su amistad con rufianes, con falsificadores, con pistoleros; tenía una cita en Puente Alsina con un reconocido pequero; en fin, tipos de hampa y hez; y esto fuera nada, sino que lo escribía; y esto fuera poco, que lo divulgaba en papel impreso; y todavía más: lo publicaba, no ya en escritura de ficción, sino en aquel género que todos consentimos en estimar puro, sincero, auténtico: la autobiografía. Se nos pidió varias veces unas páginas autobiográficas; en ellas, Roberto Arlt, con textuales vocablos de su propia pluma, se desterraba a sí mismo de la esfera de las buenas personas (¿usted me entiende, verdad?) y extremando el juego, penetraba decididamente en la otra esfera, la esfera de las malas personas.

Se mostraba mentiroso. "He nacido el 7 de abril..." dice en la muestra de narradores jóvenes que compiló Félix Miranda Klix. En "Don Goyo" dice: "He nacido la noche del 26 de abril"... Confrontando esas dos páginas, uno no sabe cuántas veces lo echaron de las escuelas; si es que alguna vez lo echaron... Afirma que practicó todos los oficios, lo cual ha de ser cosa que reclamara un oficio por día...

Siempre con palabras suyas —documentos impresos, que tanto gustan a los historiadores papeleros y a los psicólogos con cátedra— dice que es egoísta, que se le importa un bledo la humanidad. "Curiosidades cónicas: me interesan entre las mujeres deshonestas, las vírgenes; y entre el gremio de los canallas, los charlatanes, los hipócritas, y los hombres honrados".

Se me ocurre ahora imaginar qué desastroso retrato personal de Roberto Arlt haría el futuro historiador de la literatura argentina, cuando, componiendo su librote, y precediendo al juicio estrictamente crítico, utilizase esos "documentos humanos" de primera mano, esas confesiones directas del mismo Roberto Arlt, dándole plena fe...

Ah, qué valdría entonces mi sencilla opinión —mi sentimiento profundo— y las opiniones y sentimientos de sus otros amigos, que conocimos al autor de "Los siete locos", hombre más bien tímido, imaginativo, ingenuo diría y esto lo fundamentaría, pero no tengo tiempo; generoso, y capaz de realizar sacrificios a la amistad?

No era egoísta. No menospreciaba a la humanidad. No es cierto que pensase demasiado en sí mismo. No sé que haya cometido ningún delito. En cambio, lo he visto vivir sueños generosos, y lo he visto —atención, lectores— lo he visto realizar conductas generosas.

¿Cómo, entonces, creer en sus despropósitos verbales, en sus fanfarronadas cónicas, en su inmoralismo?

Personalmente, afirmo con energía la lealtad de su amistad. Afirmo su cordialidad, y niego sus propias palabras de egoísmo, de cinismo y parecidas.

Sólo, había que descascararlo para encontrarle su ser auténtico: descartar las insólitas frases, distinguir la imaginación —y cómo era rico y exótico de esto...— de la realidad; graduar sus distintas actitudes, percibir su rechazo de todo sentimentalismo verbal; y darle valor a sus simpatías y amistades.

Y así, resultaba un gran amigo: interesante, conversador, hablaba y escuchaba; decía de sí mismo, cierto, pero también preguntaba por uno y repreguntaba, interesándose por otro que no él.

Ahora está muerto, él, Roberto Arlt. La muerte, la muerte de él, de Roberto Arlt, como la muerte de un amigo, de un hijo, de un ser estrechado a uno, crea una percepción "indirecta" de la muerte. "Sentimos" la muerte, la sentimos andar por ahí, de modo indirecto, como, usando una imagen física, como vemos, por ejemplo, entrar a una habitación a alguien, pero lo vemos por el espejo... Así pudimos sentir la muerte, nosotros, los amigos de Roberto Arlt, cuando murió Roberto Arlt.

Bueno, dejemos esto...

Roberto Mariani

28 Julio 1942.

ARLT, el torturado

Hay escritores estimables, y hasta muy buenos escritores, cuyo camino está claramente trazado por su primer libro. Con un poco de experiencia literaria puede decirse, pasos más o menos, a donde pueden llegar. Aparecen mostrando el plano de la casa que van a edificar; podrán agregarle una torrecilla inesperada, un ventanal de vidrios de colores, un jardín no previsto; pero conocemos la profundidad de los cimientos y sabemos qué peso podrán resistir. Estos escritores no despiertan ni grandes entusiasmos, ni grandes críticas. Sabemos que no descorrerán ante nuestros ojos la cortina de la sorpresa. Roberto Arlt era todo lo contrario.

Cuando lo conocí, apenas salido de la adolescencia, impresionaba como un caos en el que se estaban produciendo vertiginosos cataclismos, levantándose montañas, encrespándose mares. Sobre terrenos inseguros crecían floras de espanto y vagaban monstruos informes; por el cielo cargado de nubes y de mitos confusos cruzaban cometas de brillante cauda, hasta que una última explosión aquietó el paisaje y un ancho viento barrió los fantasmas de la pesadilla inicial. Ahora estaban frente a frente, en un mundo de colores y contornos conocidos, el hombre de corazón sensible y el unicornio del mito. De la mano del hombre y vislumbrando entre los árboles nuevos la silueta fugitiva de la bestia misteriosa, Roberto Arlt emprendió entonces, con paso firme y alma alucinada, su camino de escritor.

Marchaba sobre la tierra común, bajo el sol y la lluvia de todos; buscando moldes de corriente humanidad para la multitud de sus almas. Pero había un detalle, el que le dió un lugar de excepción entre nosotros, y es que debajo de sus pies sentía la presencia de aquel mundo sepultado, del que le llegaban roncadas voces primitivas, estremecimientos de monstruos encadenados, luces inextinguibles.

En ese subsuelo está el secreto de la extraordinaria obra de Roberto Arlt. Nadie, ni él mismo, conocía la profundidad de los cimientos sobre los que estaba edificando, las inmensas riquezas que yacían bajo tierra. De ahí la constante sorpresa que producían sus creaciones, los hallazgos inesperados, la aventura terrible y maravillosa de su alma; los llamados oscuros que trataba de traducir en palabras corrientes, el mundo subterráneo, dominado a veces y a veces dominante, que era su riqueza incalculable y también su incalculable tortura. Porque Arlt fué un eterno torturado, pues no

se puede ser sin riesgo pastor de fantasmas por fuerte que sea la mano con que se maneja el látigo.

La visión de la vida de Roberto Arlt era muy parecida a la de Segismundo y por las mismas razones. Alguna vez, con más tiempo y más calma, trataré de explicar a qué caverna vivió encadenado antes de lanzarse con los ojos desmesuradamente abiertos a ver la vida y contarla. De ahí la originalidad de su visión, la frescura infantil con que todo lo iba descubriendo, el violento choque con la realidad a que respondía con igual violencia, como quien se siente atacado por sorpresa; y también su loca, su incomprendida alegría ante cosas que a todos dejaban indiferentes y su constante angustia y ese sentimiento de desolación que es el último telón de todos sus cuadros.

Conrado Nalé Roxlo



LA TRISTEZA

A Roberto Arlt el día 26 de Julio de 1942.

De toda esta tristeza de la vida,
¿qué nos queda en el suelo desolado
para el brotar de hierbas
y el sostén de los pasos?

¿Qué nos queda del tiempo ensombrecido
en las manos cansadas, como dos curvas
prisiones, vacías, sin sentido,
sabiendo, y sin tener más que recuerdos?

¿Y qué tras de los ojos avizores
hacia fuera, hacia adentro, y más allá...
temiendo siempre, y siempre
en el asombro de la brutal sorpresa?

De toda esta tristeza de la vida,
—hojas secas y húmedas, deshechas
en ese disgregarse que nos huye
nos queda solamente una flor ignorada.

Y de todo ese tiempo ensombrecido,
las manos acumulan lentamente
una sabiduría desesperada
que les carcome carne, y les da venas.

Y detrás de los ojos avizores
van tejiendo sus cunas esas redes
del temor, el dolor y la agonía
aceptada, sabida, acariciada...

Eso es lo que nos deja la tristeza
que inmortal, sobrepasa nuestra vida.
Conocerla y llevarla por el mundo;
vivir con ella a cuestras y hondamente.

Saber de lo truncado, el tiempo roto,
la impresionante huída irremediable
de todo lo que es... y esa congoja
del hacer desolado, intransferible...

Estar sobrecargado y aterido,
Y llevar, sin embargo, las manos y los ojos
y los suelos, sobrepasando límites,
con la conciencia entera abierta en flor...

Hay que vivir así cuando se sabe.
Sin perdón para sí. Tan duramente
y tan aladamente, como un ángel
metido entre los hombres claudicantes.

Hay que vivir así, cuando se sabe
de toda esta tristeza de la vida.

MARISA SERRANO VERNENGO

SENTIDO DE LA VIDA EN ARLT

Pocos escritores han vivido tan conjugados con el espíritu de su propia obra como Roberto Arlt, cuya imagen era física y espiritualmente la imagen de un protagonista de cualquiera de sus libros. Andaba, hablaba, se movía con ese extraordinario relieve plástico que caracteriza a todos sus personajes; de allí que en sus novelas y en sus dramas estaba él de modo tan entero que se le puede citar como al más personal de nuestros modernos novelistas y dramaturgos. La acumulación desordenada de elementos en casi todas sus obras, le impidió muchas veces ver el mejor camino para expresar con ellos el sentido último de la obra de arte, pero muchas veces también su extraordinario temperamento destacó situaciones psicológicas que han quedado en páginas permanentes en la historia de nuestra literatura. Su despreocupación por todo lo que no fuera su obra, es decir, su profunda preocupación por la vida y por el sentido de su vida, lo muestra en toda su autenticidad, porque nunca pensó que para ser escritor hiciera falta otra cosa que escribir, y le asombraba que hubiera escritores que lo son porque además de hacer pequeña política literaria, a veces escriben. Sabía también que antes que el novelista está el hombre, por eso no era tampoco un profesional del libro, sino un hombre viviente que tenía cosas que decir, y repudiaba toda literatura con olor a oficio puro, a juego convencional, a albañilería libresca.

De allí la fuerte vivencia de casi todos los personajes de sus novelas, de allí que sus protagonistas se mueven con gestos y palabras esenciales, recortando sus figuras de carne y hueso a través de los acontecimientos en que intervienen.

Su predilección por los contrastes violentos y su capacidad para salvarse de caer por ese camino en la truculencia fácil, se puede apreciar en su farsa "Trescientos millones", para mí lo mejor de su teatro. La adhesión del público y el respeto de la crítica, no le hicieron perder ese suelto coraje para arriesgarse, para comenzar de nuevo que caracteriza a los verdaderos artistas, quienes jamás pueden conformarse con lo hecho, y se salen del camino de lo realizado para emprender una nueva ruta a través de su propio espíritu. Así "Los Siete Locos" es una manera de romper con las arquitecturas ya cumplidas de la novela, y buscar una nueva forma de dar su mundo interior. Y él hacía todo esto naturalmente, considerando con justicia que esa es la única actitud del escritor, cuya necesidad de expresión está más allá de toda consagración y toda comodidad exterior.

Su silencio en plena juventud, es uno de los trances más dolorosos de nuestra breve historia literaria, porque en esa sorpresa de todos los días que era Roberto, estábamos seguros de encontrar en cualquier momento la gran página que era capaz de darnos. Para los que estuvimos cerca de él y le vimos infatigable, inquieto, vital, su ausencia no será nunca una costumbre que nos pueda contagiar de olvido, porque su quebrada trayectoria permanecerá siempre entre nosotros, dramáticamente.

OCTAVIO RIVAS ROONEY

Responso en no

*AMANECIENDO más allá del río
en una barca de rojizas velas.
Sobre tu piel un resplandor de fuego.*

*Baldía está tu boca de palabra,
tu corazón feliz de estarse quieto.
Ya estás en paz contigo y con el mundo.*

*Debes andar midiendo a largos pasos
sabe Dios qué distancias inholladas.
Puedes cansar tu sed de laberintos.*

*¿Qué si el ojo no encierra la colina,
o leños que se pudren, o los sapos?
Somos acumuladas muertes, eso.*

*¿Qué veces no habrás muerto, cuánta muerte
te queda por morir? Acumuladas
muertes somos. Anillos de sí y no.*

*No escandalices verecundos ángeles,
no discutas el óbolo. Has entrado
con un aire de lluvia de hojas secas.*

*Aquí mi mano que buscó tu mano;
aquí mi corazón donde pervives
meridiano, nocturno, atrabiliario.*

Y otros ojos te lloren, no los míos.

CESAR FERNANDEZ

Roberto Arlt en el cielo

Cuando el alma de Roberto Arlt se encuentre en el cielo con las almas de muchos escritores de su antegeneración, se les va a acercar y les va a decir con su típica bronca voz cordialmente lesiva:

—¡Hola, truhán . . . ! Tu negocio andaba bien, ¿eh?

Y creo que esas almas se sentirán colorearse de rubor contemplando la premonición de su sombrero de cinta deshilachada, como los que usan los albañiles en su trabajo, y que era uno de los trabajos que más le gustaban al novelista grande, porque su estilo era ladrilloso y macizo y compacto con greda de sabias antiguas y maravillosos cementos de desprecios inéditos y mamparas absurdamente, deliciosamente coloreadas y ventarolas ojivales por donde se colaba el fantasma amarillo de Esther Primavera.

Digo y sostengo que esas almas se sentirán subir el rubor, un rubor color de plata que es el rubor de las almas, cuando debajo de su túnica —porque Roberto Arlt también debe tener su túnica, aunque ya estará graciosamente llena de lamparones y de desgarrones— asomen sus abarquillados zapatos de triple suela recompuesta, porque Roberto Arlt, eso sí, nunca van a obligarlo a usar coturno, ni por influjo de las once mil vírgenes, a las que ya debe estar catequizando, repartiéndoles una a una sus cejas sobrantes.

Y aquel muchacho que en el pétreo oficio de vivir sólo tuvo dolor, incompreensión, burla, sarcasmo o menosprecio, ese escritor de raza que en Norteamérica tendría la fama y la plata de un Steinbeik, y en Europa la gloria y el oro de un Ludwig o de un Maurais, o de un Sweig, quienes no le llegaban ni a la suela de sus zapatos abarquillados; ese periodista saqueado en su talento de escritor, que afianzó prestigios ajenos y consolidó empresas que le chuparon desde el estilo a la sangre; ese notero de diarios que componía poemas donde otros sólo sudan lugares comunes; que escribió Himalayas de palabras que ahora componen la escala de Job de su asalto al cielo, se acerca a San Pedro, y le dice:

—“Drepa”: ¿por qué no me mandás al purgatorio a hacer una nota?

Y mirará al corro de escritores que estará a su lado, avergonzados, y entrará en amistad con Rilke y con Charles Louis Phillipe. Y con Carriego, con Calou, con Almafuerte, y les dirá:

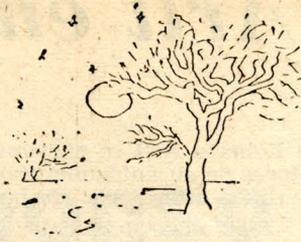
—¡Che, rajemos . . . ! Aquí también nosotros seguimos siendo los reos.

Así entrará en la gloria el escritor que nunca tuvo automóvil, ni ternos elegantes, ni casas de rentas, ni derechos de autor, ni premios nacionales, ni comidas de homenaje y que, como buen hijo de la tierra, pagó la virginidad de las mujeres con pensión, casa y comida de por vida. Pero nadie le quitará que contraiga el belfo húmedo de desprecio, cuando se enfrente con los escritores de su antegeneración, achacosos de honores, riquezas y puestos oficiales, él, con la única **y espantosa riqueza de sus tremendos libros, de sus miles de páginas, de sus millones de palabras, en donde el talento rebalsa incontenible, y en donde el genio se asoma con su implacable desdén hacia toda vileza.**

¡Ah! Cómo nos gustaría verlo, cuando, acercándose a ellos, a los de la otra banda, a los de la otra orilla, les diga:

—El negocio te marchaba bien allá abajo, ¿eh, truhán?

Nicolás Olivari



Roberto,
no se cumplió tu sueño...

Siempre decías, tú que viajaste,
—viviré en el Delta, su paz me gana.
Y los arroyos rumoreaban felices
pues tu deseo,
era una lisonja que les brindabas.
Viviré en el Delta, —tu repetías—
y los isleños que ya te amaban
sin conocerte,
eran amigos, eran hermanos o camaradas
que te esperaban
allá en el Arias o en el Naranja, en Barón Grande
o Canal Campana
para escuchar,
rumor de cajas, o de corceles desbocados
en tus palabras;
o catarata
cuando soltabas tu carcajada
y rienda suelta dabas al gozo que en mil chispazos
en tus grandes ojos se reflejaba.
Mas tú venías, —yo lo sabía—
no por el río que lento corre
ni por la costa que se prolonga
en la alameda que toca el cielo;
No, tú venías para beberte
el aire limpio,
la paz de bóveda verde
donde el aire parecía abrirse
cuando la flecha del pensamiento
partía del arco de tu cerebro,
y en el espacio abría una ruta
que recorría
tu fantasía de niño grande.
Yo lo he probado, cuando bogando
tú te quedabas ensimismado,
mientras tus brazos sobre la borda
eran los remos de otra barcaza
que navegaba por muchos mares
llena de seres
que tú creabas.
Por todo esto, en nuestro Delta
querías un día plantar tu rancho
porque en sus islas, —lo presentiste
estaba el mundo de aquellos seres
que tú creabas, mientras soñaban
tus ojos verdes de torturado.

Pedro F. Calvo



ARLT Y NOSOTROS

Durante doce años de desesperada lucha por imponer un teatro de arte en Buenos Aires, tuvimos a Roberto Arlt a nuestro lado.

Empezó su vinculación con nuestra compañía con el estreno de "300.000.000", obra magnífica, rebotante de fantasía y de humanidad. Después le estrenamos "Saverio el cruel", "La isla desierta", "Africa", "La fiesta del hierro". Era todo un suceso estrenarle. Los actores se divertían tanto como los espectadores. Después llegaba él, en los entreactos, guiñando los ojos rientes, bajo las cejas hirsutas, frotándose las manos, alisándose los mechones que ya empezaban a agrisarse, y tenía una palabra de estímulo para cada uno o una frase mordiente, porque su espíritu era insobornable. Y humilde. Su humildad era legítima. La humildad del que sabe que ninguna concesión puede disminuirlo. La humildad de quien desprecia la fácil nombradía, de quien tiene en más su propia vida, y no la reviste de solemnidad literaria.

Así podía encontrarse discutiendo una escena con el electricista o preguntando su parecer al primero que se le cruzaba por delante. Y admitía con sencillez las correcciones. Cuando se le corregía, sonreía bonachonamente, con una leve contracción del labio, que parecía decir con mordacidad: ¡Está bien; es la especialidad de ustedes; pero, crear, imaginar inventar . . . ! ¿Por qué no prueban?

No hubo entre nosotros escritor de más fuerza imaginativa. Todos sus personajes están delineados con trazos indelebles, los de sus novelas y los de sus dramas. Erdosain, Saverio, la sirvientita de "300.000.000", compadre Vulcano . . . Su prosa es gráfica, llena de sorpresas. Llega a extremos poéticos que ponen a prueba la capacidad de resistencia emocional del lector o espectador y cuando parece que se va a estallar allí, está emboscado el ex-abrupto para que uno no pueda olvidar la realidad y sienta y presienta su pequeñez humana.

Deja un montón de magníficas obras inéditas. Pero en Buenos Aires, meridiano editorial de veinticuatro países de habla española, no hay editores para los escritores argentinos. Cualquiera de las novelas de Arlt está a cien codos por encima de las novelas norteamericanas, que nos imponen como novedad los industriales del libro en Buenos Aires. Y es que falta amor por el libro en los actuales negociantes del libro.

Arlt fué de los que se identificaron con el movimiento vanguardista del Teatro del Pueblo. Y a partir de una dolorosa experiencia que rea-

lizó con una compañía ocasional, se convenció de que ningún escritor moderno puede hallar su expresión en un teatro de modos anticuados, viciado y corrompido en su esencia.

Comprendió que el destino del escritor moderno está indisolublemente unido a la vida del nuevo teatro. Por eso compartió nuestra pobreza y también nuestra dignidad.

Cuando los que sostenemos en el ambiente hostil de Buenos Aires, el Teatro del Pueblo, miramos hacia el punto de partida, recorriendo con melancólica visión, doce años de lucha contra la ignorancia, para imponer un teatro de arte, con una teoría artística revolucionaria, sentimos emoción por la ferocidad de la batalla que libramos y que está hoy en su momento culminante.

La angustia nos oprime al comprobar que la ciudad está inundada de espectáculos perniciosos y que la cultura y la educación del pueblo se atrasan espantosamente. Todo nuestro esfuerzo y sacrificio de una vida, es apenas una gota de agua en un río de aguas servidas.

Entonces valoramos el heroísmo de los que comprendieron y nos acompañaron y dieron por nuestra causa lo mejor de sí mismos. Sacrificaron sus comodidades y sus posibilidades de buen éxito para cumplir, desdeñosos de cualquier interés, con la misión de exaltar el espíritu.

La lucha es bárbara y sin descanso. Y ya son muchos años. No cedemos; no cederemos; pero estamos maltrechos y doloridos. Hemos perdido a muchos en ese tiempo. Son muchos los que ofrecieron a nuestra causa el sacrificio de sus vidas. Pensamos con desaliento en los que vamos perdiendo y sólo nos sostiene la certeza de que la semilla que hemos echado brotará y tendremos quien nos suceda con la misma integridad y limpieza.

Sin embargo, no podemos dejar de pensar con pena; pero no con resentimiento, que una ciudad que está en retraso con sus artistas, en vano exhibe sus rascacielos, porque carecen de alma.

Roberto Arlt era un artista; cultivó la pobreza y vivió atormentado. ¡Algún día no habrá necesidad de padecer miseria para conservar la dignidad del ideal.

Leónidas Barletta



SILENCIO DE ARLT

Acabo de tomar entre mis manos un ejemplar de "Trescientos millones". Acabo de encontrarme con el borrador de una carta que el 10 de octubre de 1932 le envié a Roberto Arlt o —me asalta la duda— con la carta misma, con fecha y sin firma, una carta que nunca llegó a destino. Leo: "Pienso en tu sangre". Y lo transcribo aquí, emocionadamente, ahora que la sangre de Roberto Arlt no existe, ahora que no está ni detenida en sus venas, pues todo Roberto Arlt ya no es más que unos puñados de ceniza. Lo cremaron en el cementerio del Oeste. Bajo el cielo gris, alzándose en la lluvia, una nebulcita de humo blanco anunció el fin. Cuarenta horas antes, Roberto Arlt había estado en el Círculo de la Prensa, vivo. Fué a votar en la elección interna. Viejos amigos y compañeros que no lo veían desde tiempo atrás, estrecharon su mano, cordial, efusivamente. Yo sólo alcancé a verlo de espaldas, cuando se retiraba; apenas percibí un rasgo vago del perfil. Veintiocho horas después, cuando volví a contemplarlo —ya entre flores, bajo un cristal, inmóvil, desconocido— hacía más de diez que había regresado a la casa del Círculo. En la madrugada sin llantos; me dijo Conrado Nalé Roxlo:

—El nunca anduvo en estas cosas de elecciones. Parecería como si hubiese querido despedirse de muchos.

El no había decidido su muerte. Roberto Arlt no se suicidó. Murió víctima de un síncope cardíaco. Sufría del corazón. Pudo, quizás, presentir su alejamiento.

Si escribo estas líneas, si digo que Roberto Arlt fué velado en la misma casa gremial donde poco antes había estrechado manos que se le tendían, lo hago porque esa condición del duelo que hoy afecta a la literatura argentina, fué anotada allí mismo por muchos. Y porque la visión de Roberto Arlt vivo y, casi sin solución de continuidad, de Roberto Arlt muerto, quedará grabada en nuestros espíritus, como quedó grabada en el de Roberto Arlt la de una pieza humilde, de la que surgió su obra "Trescientos millones". El, lo narró así:

"Siendo repórter policial del diario "Crítica" en el año 1927, tuve, una mañana del mes de septiembre, que hacer una crónica del suicidio de una sirvienta española, soltera, de veinte años de edad, que se mató arrojándose bajo las ruedas de un tranvía que pasaba frente a la puerta de la casa donde trabajaba, a las cinco de la madrugada. Llegué al lugar del hecho cuando el cuerpo despedazado había sido retirado de allí. Posiblemente no le hubiera dado ninguna importancia al suceso (en aquella época veía cadáveres casi todos los días), si investigaciones que efectué posteriormente en la casa de la suicida, no me hubieran proporcionado dos detalles singulares. Me manifestó la dueña de la casa que la noche en que la sirvienta maduró su suicidio, la criada no durmió. Un examen ocular de la cama de la criada permitió establecer que la sirvienta no se había acostado, suponiéndose con todo fundamento que ella pasó la noche sentada en su baúl de inmigranta (hacia un año que había llegado de España). Al salir la criada a la calle para arrojarse bajo el tranvía, se olvidó de apagar la luz".

Roberto Arlt vivo una noche en el Círculo de la Prensa, a cuya casa concurrió quizá por vez primera, y Roberto Arlt muerto allí mismo —los amigos rodeándolo una y otra vez— será un recuerdo imborrable, uno de esos recuerdos que despiertan la sensibilidad o la agudizan.

* * *

Con Roberto Arlt desaparece una figura de Buenos Aires, una voz de Buenos Aires. Sus "Acuarelas porteñas", que le valieron una popularidad incalculable, tienen páginas a las que deberán volver cuantos quieran analizar a fondo, en sus detalles los aspectos de la vida de la ciudad durante los últimos años. El autor de esas acuarelas es el Roberto Arlt que la multitud conoce. Cientos de miles de lectores admiraban su gracia. Populares fueron también en él el autor teatral y el novelista, aunque nunca el prestigio del creador de las notas llegó a facilitarle el gran éxito de un escenario ni una adecuada retribución por sus libros. Roberto Arlt debió ganarse con esfuerzo las "vacaciones", de horas o de días, necesarias para escribir su

obra. Así en medio de esa lucha, surgió "El juguete rabioso", que lo anunció como un novelista auténtico. Nalé Roxlo, ya el autor de "El grillo" lo había puesto en contacto con el núcleo del periódico "Martín Fierro". En "Proa", la revista que fundaron Ricardo Güiraldes, Jorge Luis Borges, Pablo Rojas Paz y Brandán Caraffa, adelantó un capítulo de aquella narración. De ese modo quedó incorporado a la publicidad literaria y, lo que es más, a la esperanza de una elevación de la literatura argentina. Después llegaron "Los siete locos" y "Los lanzallamas". Esas dos novelas reúnen toda la aptitud extraordinaria de escritor que habla en Roberto Arlt. En ellas están el psicólogo de hondura, el pintor realista, el soñador fantástico, el disconforme social. Ambas novelas componen un mundo: un mundo no frecuente, extraño, asombroso, pero tan cierto como la vida más vulgar. Roberto Arlt buscó —o halló sin proponérselo— seres que no caben en las estadísticas, a los que no se dirigen las promesas de los políticos. En ellos todo es íntimo cuando no subjetivo y ninguna de las ilusiones comunes podría satisfacer. Pero todos ellos viven, están en la ciudad, en esta selva de ladrillo o de cemento —como el mismo Roberto Arlt nombraba a Buenos Aires— y conocen el fondo de sus almas algún sacerdote confesor y algún practicante de hospital. Roberto Arlt pudo esconderse en los ojos y en los oídos de cuantos, a lo largo de los días van recogiendo partículas de esas existencias perdidas, atormentadas. Pudo algo más: reunir las en libros que tienen la densidad y el movimiento, la pasión y el interés de las grandes novelas.

Intenso, inolvidable, es también el cuentista. Las antologías más estrictas no podrán nunca prescindir de su nombre. Dejó, para ellas —es decir, para los públicos que se irán renovando— páginas de una belleza tan alta como las de "Esther Primavera" que, publicadas por primera vez en el suplemento de "La Nación", hace más de diez años, siguen reproduciendo los periódicos del continente.

* * *

Roberto Arlt tenía 42 años. Supo —como lo dice Córdova Iturburu— que la vida del hombre es miserable, fea e impura. Pero la substancia profunda del hombre es angélica. Sus sueños lo denuncian. Cándidos, grotescos o magníficos —prosigue el crítico— sus sueños se animan siempre de una recóndita hermosura, la hermosura de eso lejano hacia lo cual la vida se tiende como un arco. "El hombre —dice uno de los personajes en el primer cuadro de "Trescientos millones"— busca la felicidad". "No —lo interrumpe otro—; busca el sufrimiento". En realidad —tercia Córdova— el hombre lo que busca es la belleza.

Roberto Arlt buscó la belleza.

AUGUSTO MARIO DELFINO

Yo sentía por Arlt un raro sentimiento de cariñosa ternura que el diablo sabrá de dónde me venía. A veces imaginé largas cobversaciones que invariablemente terminaban con nuestras manos entrelazadas. Todo hubiera sucedido así si nos hubiéramos conocido. Puse la mano sobre su pecho cuando ya el corazón estaba tranquilo. Después el fuego, ese fuego que me obsesionó largamente. Sé que me escucha desde alguna parte y ahora admite el nombre de amigo que le doy.

César Fernández.

PEQUEÑA HISTORIA DEL TEATRO DEL PUEBLO

por Roberto Arlt

Hace un año vine a este local a traer una obra, que, como otros autores, me había pedido Barletta.

La impresión que recibí fué pésima. Era invierno, el salón destartado, con montones de reboque caído por los rincones, el escenario desmantelado, la compañía tiritando en banquitos de madera, todo hacía creer en la proximidad del fracaso. Comprometí una nota en "El Mundo". Y dije la verdad de lo que había visto, y además, aquello que pensaba: un éxito por cien fracasos.

Estoy seguro que a muchas personas de la incipiente compañía no les causó mucha gracia. Alguien dijo que yo, cuando me levantaba, me desayunaba con un limón. Cito esta frase porque me resulta graciosa, más inexacta. Yo he hecho en realidad en mi sección del diario, aquello que, precisamente, hace el director del Teatro del Pueblo en su teatro: lo que le parece verdadero, prescindiendo de toda clase de intereses, inclusive los de la amistad.

Posiblemente esta conducta sea antipática . . . pero hay que convenir que únicamente tienen fuerza para seguirla aquellos que están respaldados por la honestidad de sus propósitos, por la pasión de un ideal.

Si yo hubiera hecho en esa época el elogio del Teatro del Pueblo, los que me han leído y conocieron aquella desmantelada etapa del Teatro del Pueblo, hubieran dicho sencillamente de mí que estaba dándole un "bombo" a algo inexistente.

Haber dicho la verdad entonces me autoriza hoy a hacer . . . iba decir . . . su elogio . . . pero yo no me he propuesto hacer elogios. La misión de un escritor que se estima a sí mismo, es señalar a los ojos de los demás, las virtudes y los defectos, que destacan la obra de un prójimo.

Nos encontramos aquí frente al escenario creado por la voluntad de un grupo de jóvenes artistas que tienen su proa enfilada hacia el futuro.

Si uno mira esto, dice: ¡es tan simple! Y es cierto . . . es tan simple visto de afuera y tan complicado examinado por dentro, que uno no sabe a quién admirar más, si a Barletta o los que lo acompañaron en esta loca empresa.

¡Qué optimismo el de estos artistas . . . qué buena fé . . . qué paciencia . . . qué solidaridad! Tres empresas similares a ésta fracasaron. El Teatro Libre, La Mosca Blanca y El Tábano. Mientras escribo me acuerdo de la conquista de Méjico, llevada a cabo por Hernán Cortés. Tres expediciones costosas fracasaron antes que llegara Cortés a Méjico con la cuarta expedición que aniquiló el imperio de los Moctezumas. Ustedes me dirán qué tiene que ver el Teatro del Pueblo con la conquista de Méjico por Hernán Cortés.

Yo le veo una relación: conciencia de lo que uno se propone, voluntad de agrupamiento, falta de dinero, vacío . . . oh sí . . . la historia antigua le enseña a uno muchas cosas, y entre las cosas que le enseña, la más formidable es ésta: ¡Cuidado con un hombre de voluntad . . . !

Las revoluciones, ya sean políticas, económicas o artísticas, las han efectuado siempre individuos que se caracterizaron por tener a su disposición un caudal de obstinación endiablada. Una voluntad trabajando como una mecha de acero contra el muro de la sociedad y contra la impermeabilidad de los funcionarios a quienes no les interesa el arte.

Tres teatros fracasaron antes que éste. Y uno de ellos, el Teatro Libre, disponía de dinero.

De modo que cuando se organizó esta compañía, o mejor dicho, cuando se efectuó esta asociación de hombres con pasta de héroes, las habladurías corrieron como de costumbre y a Barletta y sus compañeros les cupo el honor de que se hablara de ellos con ese tono irónico que nosotros los porteños conocemos tan bien. Hubo chistes en los diarios, y cada uno de nosotros puso su fracesita. (Seamos sinceros).

Es duro y amargo estar solo. Para estar solo y trabajar solo, se necesita el temple de un diablo . . . y estos artistas durante casi un año estuvieron solos. Cierto es que se estimulaban mutuamente, pero la situación en que se encontraban no era la del éxito, ni mucho menos.

Siguieron. Hubo gente que vino y gente que se fué. He visto a Barletta tomar a gente del brazo en la puerta de este salón para que entrara. Lo he

visto en la puerta pregonando como un rematador para que los transeúntes entraran gratis. Lo he visto discutir con el cobrador de la luz . . .

Y por fin entraron algunos, vinieron otros, y hoy estamos aquí todos juntos, en una especie de camaradería invisible, que se liga al porvenir de esta obra indestructible, de la cual deseo hablarles.

Para un despreocupado lector de diarios, el Teatro del Pueblo es un barracón donde alguna buena gente se reúne a escuchar cosas raras de la nueva generación que se va a comer crudos a todos los viejos autores.

Esta hipótesis sería en cierto modo verdadera, si nosotros fuéramos aficionadas a los muertos, pero los cadáveres no nos interesan. Tenemos, es verdad, la pretensión de crear un teatro nacional, en consonancia con nuestros problemas y nuestra sensibilidad, y entonces, esas empresas de comicuchos, y autores de sainetones burdos, no nos interesan . . . más aun . . . nosotros sabemos que hay alguien que, por la espalda, día a día está matando al irrisorio teatro nacional . . . y es el cine.

Este enemigo fortalecido con dos mil salones distribuidos en toda la República, a los cuales acude gente de las más variadas culturas e inculturas, destruye insensiblemente en el público el afecto y el interés, por el bodrio eterno, con su italiano eterno, su gallego eterno y su ruso eterno . . . y el compadrito de arrabal que no emociona a nadie porque lo ha substituído el ultramoderno pistolero con su fusil ametralladora.

De hecho aparecieron en escena nuevos factores con los cuales el teatro no podía competir. Lujo, panoramas, mujeres espléndidas, romanticismo barato, pero romanticismo al fin y al cabo, y hoy, la persona habituada a las butacas de un cine moderno, cuando entra a un teatro nacional, siente tentaciones al salir de hacerse desinfectar.

Creo que los diarios hicieron encuestas, y que los autores contestaron:

—El cine mata al teatro.

¡Qué poca visión del porvenir!

No se daban cuenta que el cine era una empresa comercial, a mucha mayor altura que la empresa del teatro nacional. El cine, entendámonos bien, puede matar al teatro nacional, lo que no puede matar el cine, es el teatro, el arte teatral, la obra concebida para el escenario teatral . . . y esa obra . . . como es natural . . . la obra auténticamente teatral, es rechazada por el teatro nacional, y no tiene posibilidades de prosperar en la pantalla.

¿Por qué el cine no puede matar a la obra artísticamente teatral?

Pues porque escapa a su jurisdicción.

El cine podrá absorber el drama pasional, la novela larga, una obra de pistoleros, porque hay un público que al asistir a sus representaciones, paga, además, tales gastos. Pero en cuanto el cine quiere meterse a realizar arte, arte puro . . . lo hace . . . pero al día siguiente los accionistas de la empresa cinematográfica arman un lío tremendo.

La película artística no paga ni los gastos. Tal es lo que ocurrió aquí con "Aleluya" y "Luces de la ciudad". Financieramente, la última película de Carlitos fué un fracaso.

Sin embargo, en teatro no hubiera sido un fracaso. "Aleluya", teatralizada, tampoco hubiera fracasado.

Si una película, pongamos por caso, se paga con un millón de espectadores, y por diversas razones no interesa a un millón de espectadores . . . su asunto, en cambio, puede entrar en los dominios de la escena teatral.

Pero ocurre aquí otro fenómeno. El cine y el teatro son dos artes distintos . . . para cuando el cine sea un arte. Pero así como el cine fué destruyendo al público del sainete, este mismo cine está destruyendo al público del cinematógrafo. Es decir, lo educa . . . naturalmente en un porcentaje bajo . . . pero siempre respetable. Este público, un buen día termina por hartarse de películas a base de besos, de dactilógrafas ingenuas y de vampirizas a **outrance**. Se aburre y entonces mira en dirección al teatro. Pero es imposible pretender que esta gente vuelva al teatro nacional. No; el teatro nacional ha quedado lejos . . . es un recuerdo con algunos muertos.

Aquí se está preparando el teatro futuro . . . para que cuando esa gente se harte de películas malas, tenga donde entrar. Estamos en los comienzos de la lucha, preparativos para afrontar los problemas que se producirán mañana.

La situación creada a los autores sinceros en este país, es fantástica.

Los empresarios teatrales, y con los empresarios el público, rechazaban la obra de las generaciones innovadoras. Muchos se desanimaron y colgaron la peñola. Trabajar, ¿para qué y para quién?

Sin embargo, el público tenía curiosidad de conocer autores nacionales; quería ver lo que daba la generación del 900.

Los autores de la generación siguiente, a su vez, decían:

—¿Para qué ser autores, sino tenemos teatro?

Se repetía, el cuento de la gallina y el huevo. ¿Quién fué primero, el huevo ó la gallina? Sin embargo, existía una frase que podía dar una clave. La frase de un gran industrial: Enrique Ford. Enrique Ford dijo, cuando se le oponían obstáculos a su comercio de automóviles:

—Cierto . . . no existen caminos . . . pero nuestros automóviles son tan baratos que, por sí mismos, fabricarán caminos.

Y así ocurrió . . . Los automóviles Ford han trazado el camino en todas las direcciones de nuestro campo. Huella Ford.

No sé si Barletta conocía esta frase de Ford; pero procedió del mismo modo. No existían autores, ni teatros, pero debe haberse dicho: hagamos el teatro que los autores se harán después . . . y aunque la conducta es audacísima . . . es la justa. Realizó su teatro y los autores vienen. Ya son unos cuantos . . . y buenos . . . mañana serán más. No deseo que esto sea tomado como un excesivo elogio para Barletta: pero los conquistadores de cualquier color proceden siempre así: crean la dificultad, se cierran el camino de salida, y entonces no les queda otro recurso que triunfar o romperse la cabeza. Y como un hombre antes de romperse la cabeza, piensa muchas veces, opta por lo más fácil, es decir, por triunfar.

Eso es lo que hizo Hernán Cortés en compañía de algunos camaradas. Quemar los bergantines. Indudablemente ese asaltante de imperios conocía la psicología humana.

Y también esto es lo que ha hecho Leónidas Barletta.

Ha creado un teatro, jugándose su prestigio de escritor.

Yo, no quisiera extralimitarme en los juicios, pero me agradaría que ustedes recordarán este panorama que actualmente ven. Un pequeño escenario, bancos rústicos, iluminación a la buena de Dios.

Y quisiera que lo recordaran, porque dentro de algunos años, el Teatro del Pueblo será una empresa montada con todas las exigencias del arte moderno, y muchos dirán:

—En lo que se ha convertido el Teatro del Pueblo.

Y otros, los tráfugas, dirán:

—¡Qué suerte ha tenido Barletta!

Y nadie, seguramente, se acordará de esto: Que Barletta y sus camaradas han hecho y hacen aquí el trabajo de peones de limpieza, albañiles, carpinteros, pintores, electricistas, apuntadores, actores, decoradores, nadie recordará que esta gente vive como en una isla, combatiendo contra toda clase de dificultades.

Pero no hay que compadecer a esta gente. Sería ridículo. Para triunfar se necesita voluntad; para tener voluntad hay que tener pasión de la obra; para tener pasión hay que tener humildad, la necesaria, la indispensable humildad, que no rechaza ni el más desagradable trabajo, porque el más desagradable trabajo forma parte del conjunto de la obra, y tan importante es barrer el piso, como acondicionar un decorado. Y aquel hombre que quiere triunfar, y cree que es más importante acondicionar un decorado que barrer el piso, ese hombre no va a ninguna parte.

Creo que estamos en presencia de una realización que, con el tiempo, va a crecer hasta convertirse en sede oficial de nuestro teatro nacional. No digo palabras de optimismo, sino de hombre que conoce y sabe valorar los efectos de una terrible fuerza humana: la voluntad.

Y esta gente la tiene. Tiene la voluntad desarrollada en tal grado . . . que, no se rían de lo que les voy a decir: si tuviera dinero no podría hacer más de lo que actualmente hace.

Cuando comencé les hablé de Hernán Cortés. Ahora vuelvo a recordarlo. Creo que les va a interesar. Después de la conquista de Méjico pasaron años, Hernán Cortés, capitán general de la Nueva España no era el audaz y pobre capitán que destruía el Imperio de Moctezuma, sino el conquistador repleto de oro. Aburrido de su inactividad, organizó una expedición. Pero no una expedición de muertos de hambre como la que lo había acompañado a él, sino de hombres fuertes, armados hasta los dientes.

Y la expedición fracasó. Organizó otra que le costó mucho dinero. Y fracasó. Organizó la tercera expedición. Y ésta también fracasó. Tenía dinero, tenía fuerza, tenía poder. Pero le faltaba algo, algo que es sumamente precioso en la vida del hombre: la voluntad y el optimismo de los conquistadores de treinta años.

Y esos somos nosotros.

Marzo de 1932.

Epílogo de la triste sorpresa

La inesperada muerte de Arlt no debió de defraudar el ánimo de sus admiradores. Se diría que ese debía ser su sino. Su vida constituyó una sorpresa. Y debía serlo también su último momento. Se fué dentro de esa increíble realidad en que se van todos aquellos que dejaron plasmada su idiosincrasia en el camino. Su temperamento mordaz, incisivo, sensible hasta lo más indispensable en la órbita excéptica y paradójica de su conducta literaria, no ha quedado rezagado, para mostrarnos hasta qué punto estaba ligado por consanguinidad a su irremediable instante. Ha querido de pronto dejarnos en la bruma como un faro que se apaga en medio del mar. Desde sus comienzos ha querido sorprendernos con la magnífica frondosidad de su talento hasta el fin. Si morir es descansar — como ha dicho alguien — es bueno que confortemos nuestra pena y no perturbemos el sueño largo donde se ha sumergido tan prematuramente. Digámosle **chau** a secas, con el exponente auténtico de nuestro saludo porteño, al cual, él era tan afecto. El nos lo agradecerá, ya que siempre fué reacio a las efusiones corrientes, que no se le pueden rendir desde luego a su espíritu eminente. Un **chau** de despedida como si él se embarcase en un trasatlántico rumbo a cualquier parte. Imaginemos que se ha ido a recorrer los puertos, las ciudades, los tumultos de otros países, ya que su ansia de viajero incansable casi siempre se completó con fines periodísticos, noticias para nuestro regocijo espiritual. Imaginemos que un día que volverá a pisar las calles de nuestra urbe que tanto quiso, y que en una esquina, en cualquier calle, volvamos a enfrentarnos con su **pinta**, lírico, andariego de “escrutador de conciencias”... y esta ilusión nos confortará. Su obra, es exclusiva de espíritus excepcionales, de esos que se sospecha que nos van a dejar pronto. Ahí quedan sus trabajos encomiables en el recuerdo imperecedero: “Los siete locos”, “Lanzallamas”, “La fiesta del hierro” — joyas de su relieve de escritor —. Mas el cetro de todas sus producciones enjundiosas, que abarcan un panorama de estilo libre, pero de formas nuevas, origen de todo creador genial. El fallecimiento en la plétora de su vida, nos ha querido dar la última sorpresa — áspera como su nombre — en la estela de su viaje infinito. Hasta me atrevería decir que parece una fantasía su extraña muerte, como lo constituyó todo su sueño en vida. Fué un soñador terrible. Un imaginativo bárbaro. Su nombre que echó hondas raíces en la tierra por su simiente universal fué tan fugaz como un cometa, luminoso como un cometa que fuga para dejarnos tan sólo la fantasía óptica de su rumbo estelar. Digámosle **chau**. No busquemos otras palabras. Sé por intuición que él se pondría jovial si supiera que a sus ojos cerrados, sus sienes prematuramente encanecidas, y a su mente dormida irremisiblemente, lo despidiéramos así, con tres letras, como lo sabe hacer nuestro pueblo cuando saluda a un ídolo. Un simple **chau** a Arlt lo divertiría. Porque nunca estuvo él de acuerdo con la gravedad de las circunstancias. Nunca dió importancia a los homenajes. Tampoco estuvo de acuerdo con las cosas serias. El era afectuoso con la espontaneidad y jovialidad de nuestras multitudes despreocupadas, aunque él por momentos pareciese una esfinge. Porque él vivió para esas multitudes con su pluma de escritor de tumultos. Nunca sabríamos explicar lo que constituye su última sorpresa. Porque es la más mordaz de todas las que nos dió. Digámosle simplemente **chau**. Sí amigos: En nombre de todos sus “tipos”, de todas sus “aguafuertes”, de todo ese enjambre pintoresco de visiones del suburbio tenebroso que recogió en sus sueltos y registró en sus notas. Dejemos que el tiempo nos diga lo que fué. Su presencia de muchacho noble, su simpática figura de “globe trotter” inquisidor, su mirada curiosa, sus ojos inquietos de soñador, pasó, amigos. No indagemos su amistad, camaradas. Seamos sinceros. Frecuentemente decepcionaba con su brusquedad de evadido y de insociable; que muchos nunca le han podido aceptar; que sólo a un espíritu eminente podemos comprender. El no tenía tiempo ni paciencia para órnos. Sí, camaradas. Debemos aceptarlo crudamente. Ha sido como un cometa para nuestro medio intelectual y también para sus amigos. Se ha perdido en el infinito pero deja una luminosa estela.

B. GUERIN

Primera autobiografía de Arlt

Gozo porque nadie me molesta. Igual que una tortuga, a la mañana, saco la cabeza debajo de la caparazón de mis colchas y me digo, sabrosamente, moviendo el dedo gordo del pie:

—Nadie me molesta. Vivo solo, tranquilo y gordo como un archipreste glotón.

Mi camita es honesta, de una plaza y gracias. Podría usarla sin reparo ninguno el Papa o el arzobispo.

A las ocho de la mañana entra a mi cuarto la patrona de la pensión, una señora gorda, sossegada y maternal. Me da dos palmaditas en la espalda y me pone junto al velador la taza de café con leche y pan con manteca. Mi patrona me respeta y considera. Mi patrona tiene un loro que dice "¡Rjuá! ¿Te fuistes? Que te vaya bien", y el loro y la patrona me consuelan de que la vida sea ingrata para otros, que tienen mujer y, además de mujer, una caterva de hijos.

Soy dulcemente ogista, y no me parece mal.

Trabajo lo indispensable para vivir sin tener que gorrear a nadie, y soy pacífico, tímido y solitario. No creo en los hombres, y menos en las mujeres, mas esta convicción no me impide buscar a veces el trato de ellos, porque la experiencia se afina en su roce, y además no hay mujer, por mala que sea, que no nos haga indirectamente algún bien.

Me gustan las muchachitas que se ganan la vida. Son las únicas mujeres que provocan en mí un respeto extraordinario, a pesar de que no siempre son un encanto. Pero me gustan porque afirman un sentimiento de independencia, que es el sentido interior que rige mi vida.

Más me gustan todavía las mujeres que no se pintan. Las que se lavan la cara, y con el cabello húmedo, salen a la calle, causando una sensación de limpieza interior y exterior que haría que uno sin escrúpulos de ninguna clase, les besara encantado los pies.

No me gustan los chicos, sino excepcionalmente. En todo chiquillo, casi siempre se descubren fisonómicamente, los rastros de las pillerías de los padres, de manera, que sólo me agradan a la distancia, y cuando pienso artificialmente con el pensamiento de los demás, que coinciden en decir: "¡qué chicos, son un encanto!", aunque es mentira.

Me baño todos los días en invierno y verano. Tener el cuerpo limpio me parece que es el comienzo de la higiene mental.

Creo en el amor cuando estoy triste, cuando estoy contento miro a ciertas mujeres como si fueran mis hermanas, las felices, aunque no se me oculta que tal pensamiento es un disparate, pues si es imposible que un hombre haga feliz a una sola mujer, menos todavía a todas.

He tenido varias novias, y en ellas descubrí únicamente el interés de casarse, cierto es que dijeron quererme, pero luego quisieron también a otros, lo cual demuestra, que la naturaleza humana es sumamente inestable, aunque sus actos quisieran inspirarse en sentimientos eternos. Por eso no me casé con ninguna.

Personas que me conocen poco dicen que soy un cínico, en verdad, soy un hombre tímido y tranquilo que en vez de atenerse a las apariencias, busca la verdad, porque la verdad puede ser la única guía del vivir honrado.

Mucha gente ha tratado de convencerme de que formara un hogar, al final descubrí que ellos serían muy felices si pudieran no tener hogar.

Soy servicial en la medida de lo posible, y cuando mi egoísmo no se resiente mucho, aunque me he dado cuenta que el alma de los hombres está construída de tal manera, que más pronto olvidan el bien que se les ha hecho, que el mal que no se les causó.

Como todos los seres humanos, he localizado muchas mezquindades en mí, y más me agradaría no tener ninguna, mas al final, me he convencido que un hombre sin defectos sería inaguantable, porque jamás le daría motivo a sus prójimos para hablar mal de él, y lo único que nunca se le perdona a un hombre, es su perfección.

Hay días que me despierto con un sentimiento de dulzura floreciendo en mi corazón. Entonces me hago escrupulosamente el nudo de la corbata y salgo a la calle, y miro amorosamente las curvas de las mujeres. Y doy las gracias a Dios por haber fabricado un bicho tan lindo, que con su sola presencia, nos entenece los sentidos y nos hace olvidar todo lo que hemos aprendido a costa de dolor.

Si estoy de buen humor, compro un diario y me entero de lo que pasa en el mundo, y siempre llego al convencimiento de que es inútil que progrese la ciencia de los hombres si continúan manteniendo duro y agrio su corazón como era el corazón de los seres humanos hace mil años.

Al anochecer vuelvo a mi cuartujo de cenobita, y mientras espero que la sirvienta —una chica muy bruta y muy irritable— ponga la mesa, canturreo “sotto voce” “na furtiva lagrima”, o sin “adio dei passato, o bel giorni ridenti”. Y mi corazón se anega de una paz maravillosa, y no me arrepiento de haber nacido.

No tengo parientes, y como respeto la belleza y detesto la descomposición, me he inscripto en la sociedad de cremaciones para que el día que yo muera el fuego me consuma y quede de mí, como único rastro de mi limpio paso sobre la tierra, unas puras cenizas.

Roberto Arlt



En un día gris, lluvioso, los actores del Teatro del Pueblo llevan a pulso el ataúd de Roberto Arlt, rodeados de escritores y artistas acongojados por el prematuro fin de este gran compañero.



MIS DOS VISITAS A SALVADOR RUEDA

Creo que fué Azorín quien censuró que se dijera de Rueda “*el poeta de la luz*”.

“Tal vez Rueda —escribió— *se hacía la ilusión de que era un colorista, un creador de imágenes. Ser andaluz y no tener esa ilusión sería un milagro. Confundía Rueda el movimiento, el ritmo impetuoso suyo, su sonar continuado y en todos los tonos, con el color*”.

No me voy a aventurar por cierto yo a hurgar en ese *tal vez* sobre el que el autor de “Los Pueblos” basa una interpretación nueva del Poeta de la Raza. Entre otras cosas porque soy andaluz y bien pudiera ocurrir que como andaluz sufriera también yo esa ilusión del color de que nos habla Azorín.

Pero es el caso que esta tesis del inquieto filósofo hispano contrasta “un poco” con la que bajo el título de “Grandeza y decadencia de Salvador Rueda” —semblanza no precisamente tan generosa como las que integran el resto del libro— bosqueja en su magnífico “Retablo Español” don Ricardo Rojas.

Después de presentarnos, con rudeza de trazos en él inusitada, la figura menuda, vulgar, lamentable (son palabras suyas) del poeta arrastrando por las calles de Madrid, de la mano de un sirviente erigido en lazarillo, sus fobias y su megalomanía, don Ricardo Rojas asegura de él:

“Fué, sin duda, un poeta que interesó al aparecer. Escribía sonetos y poemas descriptivos. Su arte era *plástico*, de versos fáciles e *imágenes brillantes*. Se le hubiera podido llamar el *parnasiano andaluz*. Por su fluidez y su *colorido* hubiérasele incluido en la tradición de Zorrilla...”.

No es, sin embargo, esta contradicción entre el crítico español y el historiador argentino, este considera a Rueda por una parte poeta auditivo, poeta del ritmo, y poeta visivo, poeta del color por otra, lo que quiero destacar.

Por el contrario, es una coincidencia más que una discrepancia entre ambos autores lo que da pretexto a mi glosa. Porque tanto Azorín, que habló alguna vez de la pobreza en que murió el poeta, como Rojas, que dijo de su *lastimosa decadencia*, parecen estar de acuerdo en que fueron sombríos y penosos los últimos años de Rueda.

Yo discrepo. Yo fui dos veces a la casita en que vivió y en que murió Salvador Rueda. La primera, embajador de una devoción. La segunda, intérprete de un dolor. Devoción de unos muchachos que llenaron de ilusiones y de humo las piezas de una buhardilla y colgaron en la puerta un cartel que decía: “Anhelos. Sociedad Literaria”. Dolor de un pueblo, del que se podía haber dicho, como del pueblo de Julio Romero:

“*¡De luto las mujeres malas...!*
¡De luto las mujeres buenas...!”.

Las dos veces me recibió Rueda con la misma sonrisa. “Rueda es sonido, melodía”. Rueda es también sonrisa. Sonrisa suave, dulce, buena como su figura, en la que yo no he visto nunca nada de lamentable...

Una vez, estaba asomado al paisaje de Málaga y tenía los ojos borrachos de paisaje. La otra vez, había cesado de cantar, que fué cuando cesó de vivir, porque Rueda se pasó la vida *Cantando por Ambos Mundos* y su vida misma era un canto que sólo había de terminar con ella. Su vida y su muerte, que fué también un canto, trunco en la quietud un poco desolada del último gesto.

Para Rueda, que amaba al sol como una de las “dos fuentes de vida”; que amaba el ritmo y la luz, los pájaros y las flores, las rocas y las brisas, los mares y las montañas; para él, que estaba enamorado del color aunque lo tradujera en ritmo, en sonido, en melodía, aquella casita de la Alcazaba malagueña hasta la que llegaban coplas de los Percheles y aromas del Limonar, era un tesoro.

El sol la inundaba en cataratas de oro, y había en ella pájaros y flores, rocas y brisas, lejanías cercanas de mares y de sierras...

Rueda, un poco panteísta y un poco fanático del sol, poeta que pulsó ritmos y sonorizó cromatismos, veía pasar desde allí, *En Tropel*, con fruición de catador y fervor de penitente, la *Procesión de la Naturaleza*, que dejaba temblando en las esquinas de cada día, como saetas en liturgia de Semanas Santas, la anchura de cien motivos.

El, que no vio riqueza sino en lo que cantó, tenía que ser rico latiendo en los ojos glotonos de honduras estéticas las orgías de color de los *Cuadros de Andalucía*, la hiriente luminosidad mediterránea de su *Málaga Bendita*, la fresca y azul sinfonía de los *Pregones Malagueños* que él hizo música y aroma...

Málaga, un día, se lo llevó a su parque, que era su corazón y su sonrisa. Pero Rueda, con esa “grandiosa sencillez” que le exaltó González Blanco, se fué una vez, fugitivo del bronce, por los caminos de la Alcazaba arriba, a llenarse de luz los ojos y dormirse sobre el dolor de Málaga, encima de su paisaje, al pie de su castillo moro...

Dijérase que lloró todo lo que cantó el poeta. El sol, el ritmo, las brisas. Los pájaros y las piedras, las playas y los barrancos...

*“¡Y hasta las nubes lloraron
con fino llanto de seda
al saber que se apagaron
y por siempre se cerraron
los dulces ojos de Rueda...!”*

... proclamó alguien.

Y voces del pueblo repitieron aquello dándole sabor y emoción de romance. Voces del pueblo, como esas otras que lloraron tiempo atrás en tierra hermana:

*“¡... que ha muerto Julio Romero
el mejó de los pintores...!”*

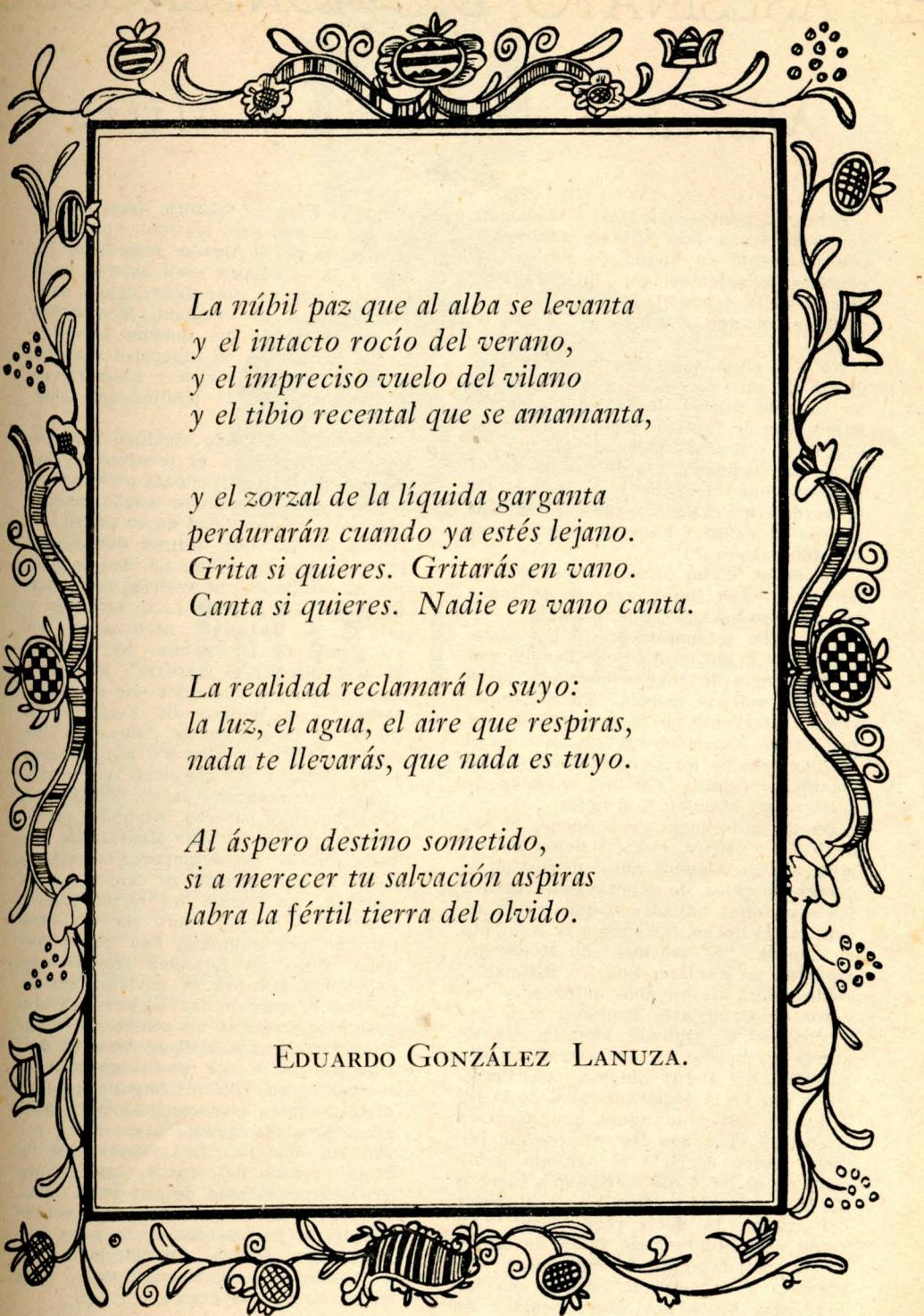
Alguien puso en las manos del poeta el rosario de la madre. Luego, Salvador Rueda salió caminos de la Alcazaba abajo, pequeño, lamentable entonces —¡ay!— pero no del brazo de un lazarillo mercenario como cruza las páginas hostiles del “Retablo Español”, sino del brazo del pueblo, que era como quería y merecía andar siempre. Porque Rueda era poesía, y toda poesía —lo ha dicho hace poco un poeta— parece salir buscando la mano de un lazarillo...

Mujeres humildes le arrojaban flores. En el aire indecisos los cenachos, callaban su pregón los pescadores para mirar el cortejo. Obreros y periodistas, artistas y escritores lo seguían en el viaje sin retorno.

Era el pueblo que recobraba a su poeta. Que se lo llevaba hacia el lugar más recóndito del alma, de donde no podría evadirse como aquella mañana en que, fugitivo del bronce, se evadió de los jardines.

Porque Salvador Rueda, poeta del ritmo o de la luz, poeta de lo humilde y de lo bueno, iba aquel día, entre llorar de nubes y sollozar de brisas, dolor del pueblo adelante...

PEDRO ORTIZ BARILI

A decorative border of black ink illustrations surrounds the text. It features various floral motifs, including roses, carnations, and clusters of small flowers, along with stylized leaves and scrolls. The border is symmetrical and frames the central text area.

*La núbil paz que al alba se levanta
y el intacto rocío del verano,
y el impreciso vuelo del vilano
y el tibio recental que se amamanta,*

*y el zorzal de la líquida garganta
perdurarán cuando ya estés lejano.
Grita si quieres. Gritarás en vano.
Canta si quieres. Nadie en vano canta.*

*La realidad reclamará lo suyo:
la luz, el agua, el aire que respiras,
nada te llevarás, que nada es tuyo.*

*Al áspero destino sometido,
si a merecer tu salvación aspiras
labra la fértil tierra del olvido.*

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA.

EL ASESINATO DE MONTEAGUDO

POR

Mariano de Vedia y Mitre

Sobre un punto cuya total elucidación acaso no ha podido todavía realizarse concretamente en virtud de no existir pruebas fehacientes que lo permitan, disertó en la Academia Nacional de Historia, el doctor Mariano de Vedia y Mitre.

No sólo el misterio que rodea el asesinato de este prócer revolucionario, sino su vida misma, lo hacen un personaje capaz de fascinar a historiadores y literatos; y muchos han sido los que de él se han ocupado, sin darnos hasta el presente una biografía que, respetando la verdad histórica, muestre al mismo tiempo el sentido humano y espiritual de Monteagudo (*).

De él ha dicho Mitre: "Que era un personaje cuya figura aparece en todas las hecatombes de la revolución... terrorista por temperamento y por sistema, era el genio fatídico que decidió con su influencia de revolucionario y jurisconsulto muchas causas. En efecto, lo vemos intervenir en la masacre de los prisioneros españoles en San Luis, en el fusilamiento de los Carrera y en el asesinato del caudillo chileno, enemigo de O'Higgins: Manuel Rodríguez.

En la conferencia mencionada, el Dr. de Vedia y Mitre, con erudición no común, analiza algunos antecedentes de la carrera política de Monteagudo, critica las soluciones halladas o que tratan de explicar el hecho, llegando a la siguiente conclusión: "El asesinato de Monteagudo tiene un carácter político indudable, cualesquiera hayan sido quienes se valieron de Candelario Espinosa para que lo consumara. Quienes hicieron sancionar la ley que lo declaró extraño a perpetuidad del Perú; quienes contribuyeron a que se le declarara fuera de la ley y exento de pena aquel que atentara contra su vida, son los autores del crimen. Quien escribió el artículo publicado en el N° 6 del "Tribuno", fuera o no fuera Sánchez Carrión, es el autor del crimen. Así decía, recuérdese: "Con razón está Monteagudo fuera de la ley y sin responsabilidad, cualquiera que acometa a su persona, cuando una imprudencia hasta hoy desconocida o su mala ventura, lo conduzca a nuestras

costas". Para la historia importa mucho menos que para los contemporáneos, el nombre del instigador inmediato. He aquí a los mediatores sean quienes sean. Ellos fueron, no cabe duda alguna, quienes pagaron al criminal. Monteagudo murió asesinado por quienes temían a su inteligencia, a su capacidad superior, a su gravitación lógica y necesaria en el desarrollo de la política del Libertador.

El crimen nefando significó una pérdida efectiva para el progreso de las ideas y de las instituciones políticas. El criterio de Monteagudo estaba maduro entonces; la serenidad de su espíritu la reveló en los dos últimos documentos capitales que suscribió. Su obra de hombre de estado es una realidad magnífica. El puñal del asesino cortó esa vida e interrumpió esa obra, pero ambas son un legado de la historia. Su memoria se agiganta por el martirio". Se refiere más adelante a una carta que escribiera Bolívar con motivo del asesinato de Sucre en la que decía: "Nuestros enemigos no mueren sino por sus crímenes y los fieles y los heroicos son sacrificados a la venganza de los demagogos", "palabras que parecen inspiradas por el crimen que fué víctima Monteagudo. La venganza de los demagogos se ejerció sobre él para ahogar su evidente superioridad. Le tenían un terror pánico, como dijo Bolívar, pero por esa superioridad precisamente. Eso no se perdona. Quiso la fatalidad también que provocara siempre la envidia: envidia porque le querían las mujeres, envidia porque le preferían los poderosos: O'Higgins, San Martín, Bolívar. Tuvo un destino inferior a sus condiciones sobresalientes. Pero ello no importa para la historia, pues esas condiciones insignes no podían ser ignoradas por ella y por eso las destaca. Es probable que tuviera grandes defectos de carácter que provocaron el odio de que tanto hablaron, pero sobre todo debieron odiarlo porque lo envidiaban. Trató a los inferiores con desdén. Es notorio que les llamó en su cara mequetrefes; y ellos probaron que lo eran".

M. C.

(*) Baste recordar los trabajos de Fregueiro, Pelliza, Vicuña, Soto Hall, etc.



FELIX F. CORSO

La erudición cuando no se aplica a la difusión de la cultura del hombre es un trabajo estéril. No tiene razón de ser. Pero si ella tiende al análisis y difusión de aquellas obras que la mente humana ha creado a través del tiempo cada vez más diferenciado, dejándolas como herencia a las generaciones futuras, entonces la erudición se convierte en río vivo de cultura, punto de partida de nuevas fuerzas mentales.

El erudito así entendido, se convierte en un actualizador del espíritu de épocas pretéritas, en suscitador intelectual, en colaborador dinámico de la cultura de su tiempo. Pero cuando el erudito surge en medios menesterosos y carentes de múltiples valores espirituales, agobiados por la incertidumbre del futuro, entonces, el valor de este hombre de los libros, es heroico y merece no sólo estímulo de quienes comprenden su labor, sino su comprensión y admiración.

Félix F. Corso es uno de estos estudiosos que han realizado su obra sin tener presente si encontraría eco o no en nuestro ambiente. Era una aventura: y como toda aventura del espíritu, tenía alforjas de nubes.

La aparición del nombre de Félix F. Corso al frente de la primera edición impresa en América del "Crítico" de Baltasar Gracián, resultando a la vez la primera comentada en todo el mundo, fué casi una quijotada. Pero el aventurero del espíritu triunfó. Luego le siguió el libro de "El Buen Amor" del Arcipreste de Hita: una primera edición comentada e impresa en América (1). Posteriormente, el "Diálogo de la lengua", de Juan Valdés. Así aparecieron la "Biblioteca Clásica Universal" y la "Moderna Biblioteca Universal" (2). Estas dos Bibliotecas marcaron un nuevo rumbo en nuestro ambiente editorial. Por otra parte, Félix F. Corso era argentino: razón de más para tener dificultades en un medio editorial donde los extranjeros llevan el tono cantante.

Pero el dinamismo de un hombre como Corso, pronto viró hacia horizontes nuevos. Vió la creciente necesidad de un intercambio cultural entre los pueblos de América Latina, y, fundó la "Colección Voces de América" bajo el auspicio de la Unión Hispano Américo-Oceánica, de la que es su más

ardoroso propulsor. En esta biblioteca aparecerán obras de escritores de las distintas naciones hispano-parlantes⁽¹⁾. Indoamérica tiene ahora una nueva pedana al servicio de sus ideales.

En cuanto a la labor de Félix F. Corso como Director de la Sección Cultural e Intercambio Intelectual, es ya un hecho vivo, habiendo logrado que intelectuales de distintas partes de América ocuparan la tribuna de la institución, para dar su mensaje con voz libre, como conviene a los fueros de quien cree en la libertad, como fuente de creación y de bienestar social.

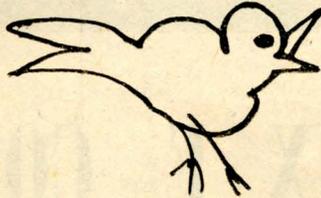
La obra de Félix F. Corso, uno de los más serios filólogos del país, es la de un escritor enamorado de su oficio, que aspira a dejar una obra que aumente el espíritu de nuestras generaciones venideras. No lo seduce el lucro; aspira a difundir la cultura porque cree que ella es la única que nos puede conducir hacia una humanidad mejor, descortezada de odios y flaquezas.

Juan Pinto

(1) Anteriormente Alfonso Reyes publicó una edición comentada, pero fué impresa en España.

(2) Fué posible porque el editor Perlado, se asoció a esa empresa.

(3) El primer volumen de esta Colección lo constituye el libro de Leónidas Barletta: "Cómo naufragó el capitán Olssen", de próxima aparición.



FACTORES

Por las amargas desesperaciones
y los días que no quisiera recordar y que recuerdo
emergiendo de las soledades y de los espejos;
por los cantos retorcidos que no me importan y que nunca
quise y que luché para dejar;
por las cosas distintas y por las cocinas abandonadas
donde hay restos de hogar y miradas y risas
en las noches de invierno
cuando todo se condensa en torno
de una bondad de abuela o de un caldo desabrido;
por las lágrimas verdes de los árboles que se mueren
con sus dedos azules en el cielo de cobre;
por las hondas cavilaciones internas y por
lo hundido de cada razón y de cada desasimiento dolorosos.
Por todo eso y por todo lo que quiero olvidar honestamente
tengo el aspecto resquebrajado de las largas
discrepancias profundas
y de mi ilusión inmaterializada.

GUILLERMO P. WHITELOW

PERDURACION

*Arbol de savia ardiente y de ramas fragantes,
en tu follaje vibran todas las emociones;
en él cae más dulce el agua de la lluvia
y el viento se hace niño para decir canciones.*

*Al verde de tus hojas no se asomó el invierno
y brillan bajo el claro cielo de mediodía
sin laxitud de estío ni dorado de otoño
y está la primavera presente cada día.*

*A ti vuelven los pájaros desorientados para
buscar en el reposo nuevo rumbo a su vuelo;
en la brisa que ondea y en el sol que te envuelve
pareces una llama que brotara del suelo.*

*Emerges de la selva atisbando horizontes
y atraes a tu seno todo lo que circundas;
árbol de tronco firme que hacia la luz te evades
¿en qué tierra se nutren tus raíces profundas?*

A. VÁZQUEZ ESCALANTE

COMPANIA TEATRO DEL PUEBLO



Catalina Asta



José Alvarez



Remo Asta



Juan C. Bettini



Mary Galimberti



Josefa Goldar



Mario Genovesi



Fernando Guerra



Irma Mateljan



Mario Menéndez



Pascual Naccarati



José Pétriz

LA MAS ALTA CATEGORIA EN TEATRO EN BUENOS AIRES



B. Condou



Juan Eresky



• Celia Eresky



Rosa Eresky



Oscar Gutiérrez



Elsa Hidalgo



Roberto Leydet



Mecha Martínez



Adolfina Robles



Elda Vázquez



Victor Vidaurrázaga



Rafael A. Zamudio

Crónica de los teatros independientes

L A M A S C A R A

Con rara oportunidad llega hasta nosotros la versión castellana de "Despierta y canta" hermosa y vigorosa obra del escritor norteamericano Clifford Odets. Condenados por la desidia de quienes dirigen nuestro teatro a ver las obras cúspides del teatro moderno con un espantoso retraso, esta comedia fué representada en idioma foráneo por el integérrimo artista judío Ben Ami. Recordamos que en ocasión de su estreno preguntamos —intérprete mediante— a Ben Ami qué motivos le habían inducido a representar esa obra, si su tendencia política o sus valores artísticos. El actor nos respondió, no sin cierta ironía, que para él no contaba lo primero sino los auténticos quilates artísticos de la obra. Y es que en realidad Clifford Odets ha sabido conjugar en su pieza su indiscutido talento artístico con un noble afán de incorporar a la obra de arte una abierta finalidad social.

Para muchos estudiosos del teatro "Despierta y canta" tendrá toda la significación de una experiencia utilísima. Se había condenado al realismo y a su casi inevitable secuela —la tendencia social— a una muerte prematura.

La justificación del llamado "teatro de evasión" estriba precisamente en considerar al realismo como ingenuo frente a la compleja situación psico-filosófica del hombre moderno. El psicoanálisis de Freud nutrió con generosidad a esta corriente. El idealismo subjetivo hizo lo propio a través del ingenio pirandelliano. La mente inevitable era el concepto místico del hombre frente al complejo social que ya despunta en O'Neil o la cerebralización aristocrática del teatro decadente.

Lo innegable era también que el viejo teatro de ideas mostraba demasiado su debilidad intrínseca. Luchaba con enorme desventaja frente al moderno empuje de los autores de post-guerra. La realidad de la hora actual exige un realismo distinto de aquel que reflejó los primeros decenios del siglo XX. Así lo entendió, sin duda, Bernard Shaw cuando prefirió más que un realismo de situaciones —a lo Becque—, un realismo de ideas. Es difícil ver en la vida diaria a un personaje de Bernard Shaw; pero los hombres modernos piensan como los personajes de Bernard Shaw.

En la obra de Clifford Odets se vuelve a las situaciones naturales de antaño. El hijo le recrimina a la madre "que por ayudar a su familia no puede curarse la dentadura" y la madre a su vez le reprocha en otra oportunidad la frecuencia con que suele cambiarse de camisa. Pero en "Despierta y canta" hay sin embargo nuevos elementos teatrales. Nuevas soluciones morales a los conflictos éticos. El paradigma es frecuente; recordemos sólo la actitud de la hija al preferir el abandono del hogar —con su hijo pequeño inclusive— a la eterna solución en base al adulterio. El ciclo completo que describen los personajes hasta culminar con la desintegración del núcleo primitivo —el hogar sobre bases falsas— es lo esencialmente nuevo en la obra y lo que en definitiva renueva este tipo de realismo que nos presenta Clifford Odets.

Si recordamos cómo se desarticula la trama en obras consideradas de vanguardia hasta no hace mucho tiempo, cómo en "La máquina de sumar", de Elmer Rice, llama la atención del espectador cómo Clifford Odets ha podido introducir elementos nuevos en los moldes del viejo teatro. Escenario realista e interpretación natural, sin elementos escénicos coadyuvantes a la idea del autor.

Este se ha valido únicamente del vigor de su concepción social. Amalgamando ésta a una auténtica sensibilidad artística, se ha logrado la obra de arte que comulga con el hombre moderno.

Ignoramos la opinión de la crítica frente a la obra que nos sugiere este comentario. No logramos ver en ningún diario de la capital —excepto en dos— la autorizada crítica de hombres versados en el asunto. Ello hubiese resultado un elemento de utilidad y de confrontación. Es lamentable que estos críticos sean tan asiduos estudiosos de las obras que dan los hermanos Ratti o Paquito Bustos y dejen escapar una obra de los valores de "Despierta y canta", cuyo autor figura entre los primeros en Norte América, como lo ha reconocido recientemente Waldo Frank.

Si el viejo realismo ha sido arrumbado por los años, el nuevo realismo es la gran corriente que en la novela y en el teatro, revitaliza estos dos géneros artísticos que muchos estaban dispuestos a enterrarle una canción póstuma.

Cuando se estrenó "El camino del tabaco" pudo notarse que la obra dejaba en el ánimo del espectador una confusa sensación de amargura, al ver al hombre vencido por el medio, incapaz de intentar una revalorización. Tal cosa no sucede con "Despierta y canta". Si el viejo abuelo encuentra en el suicidio la única solución a su eterno problema de miseria, corre por los demás personajes un sano optimismo que será finalmente el que impulsa al joven a una posición de rebeldía frente al medio social que lo mutila.

El autor no esconde su tendencia: Más bien la exhibe sin tapujos. Pero la obra es de arte. Clifford Odets es un artista.

Aquel criterio que invalidaba al artista a mostrar su tendencia, ha quedado atrás con las cosas viejas. La humanidad del arte surge precisamente de esa posibilidad; de poder establecer un vínculo entre el autor y el espectador a través del cual la sensibilidad del artista muestre a la frialdad del espectador un cuadro de trascendencia social. Y que lo logre.

Blás Raúl Gallo

una de dos

La prensa calificada del país nos insulta.

La otra prensa nos elogia.



LA PRENSA
LA NACION
EL MUNDO
LA RAZON
LA VANGUARDIA
<i>Noticias Gráficas</i>



Caracterizaciones de la obra de Anatolio Lunarchasky, "Don Quijote liberado", interpretada por el Teatro Juan B. Justo, con la dirección de Enrique Agilda

TEATRO JUAN B. JUSTO

En la 9ª temporada —1942— el Teatro Juan B. Justo ha estrenado: "Don Quijote Libertado", drama de todos los tiempos, en 10 cuadros, de Anatolio Lunacharski; "Una bailarina ha muerto...", pieza dramática en tres actos de Le Bargy.

En su repertorio cuenta con las siguientes obras: "La Inundación", pieza dramática en tres actos de R. González Pacheco; "El Conquistador", pieza dramática en tres actos de Jesualdo, y "El Pan Nuestro", drama en tres actos de Ernesto Herrera.

Realiza, además, un ciclo de teatro comentado (Revisión de Teatro Rioplatense), en el que ha estrenado: "Un buen negocio", comedia dramática en dos actos de Florencio Sánchez, y prepara: "Una deuda de dolor", pieza en un acto de César Iglesias Paz; "A contramano", pieza en dos actos de R. González Pacheco; "Patria Nueva", pieza en dos actos de Armando Discépolo, y "He visto a Dios", pieza en dos actos de Francisco Deffilipis Novoa.

El elenco de adolescentes, que ha cumplido ya cinco temporadas, ha representado: "La Mojigata", comedia en tres actos de Leandro F. de Moratín; "Médico a Palos", comedia en tres actos de Molière, y tiene en su repertorio: "El cartero del Rey", pieza en dos actos de Rabindranath Tagore; "Las aventuras de Tom Swayer", teatralización del cuento de Mark Twain.

Integran la compañía del Teatro Juan B. Justo, los actores: Agilda, Ernesto; Agilda, Nélide; Artés, José; Casais, Pedro; Conrengia, Juan; Damiano, Vito J.; Disanto, Pedro; Fernández, Rodolfo; Franchi, Mecha; Godet, Eleonor; Macri, Mario; Martínez, Hilario; Martínez, Ramón; Nieto, Diamantina; Nieto, Everardo; Nieto, Juan; Nieto, Novelda; Palafox, Atilio; Pardo, Emilia; Pérez, Aurora; Pérez, Roberto; Tinoco, Josefina, y Tinoco, Servando.

La compañía de adolescentes es como sigue: Agilda, Enriqueta; Agra, Irma; Aulés, Roberto; Catz, Betty; Catz, León; Collazo, Roberto; Disanto, Miguel; Franchi, Raúl; Ingrata, Fernando; Longhi, Elena; Luciarie, Pedro; Martín, Elena; Nieto, Noemí; Pérez, Esther, y un elenco de 20 niños de 6 a 12 años.

Médico: Dr. Lesende, Manuel. Administración: Depasquale, Juan B. Secretaría: Abarca, A. Dirección: Agilda, Enrique.

Tal la obra y los servidores de ella, que cumple uno de los más reputados teatros independientes de la metrópoli.

Intuiciones Plásticas de José Chiérico

La impresión que se lleva de la sala de escultura de José Santiago Chiérico en el Barco Municipal, es la de haber visto la representación física de una irrealidad; o, más bien, de una realidad diferente, puramente subjetiva. Es un mundo interior revelado con imágenes plásticas, en una lírica de piedras. Piedras que se aligeran, se desmaterializan, y confirman este acerto que me parece ya irrefutable, que la belleza no es nada material. En sus 40 figuras, que representan otros tantos estados emocionales, es la presencia del espíritu del artista lo que se siente sobre todo.

Provisoriamente, y al solo efecto de determinar una posición, se puede decir que el escultor se pasa al campo de la poesía, pero para aclarar de inmediato que se queda en el suyo. Nadie confundiría un poema con una estatua. Sin embargo, nadie tampoco podría decir en qué se diferencian, fundamentalmente. El problema de la estética es uno solo, porque su esencia es sólo una. Los límites que separan a las distintas artes —determinados por las limitaciones de las técnicas y los materiales que usan— no son límites fijos, sino que se desplazan continuamente, penetrándose unas a otras.



JESUS NIÑO

Un poeta que habla en piedra, como en este caso, se me antoja la mejor definición de un auténtico escultor.

Podría preguntarse por qué no adopta, para expresarse, el instrumento particular de la poesía, que parece más adecuado. Pero lo que condiciona al artista, que es el drama de la expresión, consiste en buscar las posibilidades de su propio arte. Al fin de cuenta, la imposibilidad del poeta de rebalsar la palabra no es menos grande que la del escultor de rebalsar la materia. La expresión pura es inimaginable. La plástica pura también lo es, y lo que distingue la actual actitud de Chiérico no es cosa de orientación, sino de grado, en cuanto intenta más o más concientemente que otros, hacer de la escultura la forma material de los estados de espíritu; su representación sensible.

Sus "intuiciones plásticas", pues, entroncan tan directamente con la naturaleza del arte tanto como se



EL NIÑO
PRECOZ

aparta de ella todo el almacén de alegorías clásicas, de significado convenido, y el arsenal de nueva simbología cuyo sentido debe explicar el autor, demostrando con sólo eso que la concepción ha sido apenas conceptual y que en la ejecución no ha quedado del arte sino el oficio. Aquella calificación, dada a un grupo de piezas, conviene en realidad a todas —salvo la parábola— pues esencialmente no se diferencian unas de otras, aunque los nuevos elementos de las que llama particularmente así demuestren en mayor medida el trabajo de la sensibilidad que busca expresarse por todos los medios. En todo caso, esos nuevos elementos no pueden ser más que otro valor artístico, que incorpora al sentido de la obra su propia base y le crea un fondo de misterio que es, al fin, propio de toda creación.

En la misma colección hay una pieza que señala una desviación riesgosa. Me refiero a la que lleva el título de "Ala de sombra es el padre custodiando su inocencia". En ella

la concepción está dejando de ser intuitiva para hacerse conceptuosa. Del proceso interior que lo ha llevado a eso, tal vez dé la clave ese mismo título, que no es una mera denominación, un nombre propio, como corresponde a las obras de arte, que son criaturas, sino un juicio. (Observo de paso que al mismo tiempo, lo que en las otras es un fondo de sugestión, en ésta empieza a venirse a primer plano y a tomar formas reales). Después de haberse arriesgado audazmente en el dominio de la intuición, vuelve al de la alegoría que se dirige a la inteligencia. Si por el lado de la poesía se puede descubrir una gran plástica, pasarse a la filosofía es, artísticamente, negativo, y como esfuerzo intelectual una pequeña aventura que no merece la pena.

Me he detenido en esta pieza porque es única y porque, constituyendo la contra de la colección, destaca por contraste la legítima actitud artística que se manifiesta en el resto de ella.

Roberto Ledesma

CAMPANAS

a B. Fernández Moreno.

Hacen la quietud benigna
sumidas en el ocaso.

El silencio deja paso
a su canto y se persigna.

No hay, no, caricia más digna
cuando la luz disminuye.

Bálsamo que se diluye
por purificar la brisa.

¡Ay, y el lucero que, aprisa,
tras el campanario huye...!

FRANCISCO SILVA



ALA DE SOMBRA ES EL PADRE
CUSTODIANDO SU INOCENCIA

ventana adentro



Con Maria Rosa Durán se incorpora a nuestra narrativa una personalidad joven, en la que se depositan esperanzas legítimas.

Absorbida por una ventana a la cual nadie se asoma, mi curiosidad mira hacia adentro.

Son unos cuantos metros que encierran a una mujer y a un hombre. Se dan la espalda. Ella arregla sus cabellos ante la luna del tuallet. Él compone su corbata ante el espejo del ropero.

Hay una cama deshecha entre los dos.

—Tú no te piensas casar conmigo.

—Así lo has deducido.

—Ni tampoco me vas a dejar.

—No.

—¿Qué problema!

—¿Por qué? ¿No podemos seguir así, como estamos?

—Te es cómodo.

—No lo niego.

—¿Y yo?

—Tú . . . ¿no te encuentras cómoda?

—Demasiado. Y uno me ha propuesto matrimonio.

—Me imagino que no pensarás aceptar. Pero, eres absolutamente libre.

Haz como quieras.

—¿Qué generosidad! Ninguna palabra de amor . . . Tú nunca me has querido.

—No volvamos al tema de siempre.

—Es que nunca supe, ni sé, si viniste a mí por amor o por complacerme.

—¿Qué importa? ¿No estamos bien? ¿Tienes algo de qué quejarte?

—Sí.

—¿Qué? No vas a perder nada ante mí, diciéndolo.

—Podría ganar.

—Di. ¿Qué pides?

—El hijo que podíamos haber tenido. El que no podemos tener.

—¿Qué necesidad hay de ello?

—¿Oh!

— ¿Qué vas a hacer?

—Lo pensaré.

—¿Amas al otro?

—Como tú a mí. Y ya ves qué felices somos.

—¿Y él?

—Como yo a ti. Alguna vez hay que decidirse entre el que uno ama y el que nos ama.

—Bueno, vieja, es hora de irnos.

—Pero nada hemos decidido.

—Eres tú la que tiene que decidir.

—Hombre sin corazón. ¡Qué fácil resulta vivir sin sentimientos! No diferencias la amapola del cerdo y disfrutas sin espinarte en las rosas.

—Es tarde. Tengo mucho que hacer. Piénsalo bien. Despacio. Luego me dices qué has resuelto.

—Nada te afectará.

—Tanto como eso, no. Pero ya sabes que a mí no me perturban estas cosas.

—Si supieras cuánto te amo . . .

—¿Qué dices?

—Nada.

—Algo has dicho. No te he oído.
—Protestaba.
—Es tonto. Se trata nada más que de ti. Si buscas la felicidad y crees que así como estamos no la tienes, cástate con ése.
—Es que quiero junto al hogar y al hijo, el amor.
—¿Es eso lo que hace tu felicidad? Dios te lo ha mandado, entonces.
—No me quieres nada, nada, nada. Siempre tuve la impresión de que lo habías hecho por mí. Que viendo que yo te amaba, me diste esto que tengo.
—Ya ves que no soy malo. Tú misma lo dices. Lo hice por ti.
—¿Nada te atrajo en mí?
—Por algo he de haber hecho mi elección.
—Buscando, buscando, entre tus pensamientos . . . ¿no descubrirás que me amas?
—Nunca he dicho que no te amara. Eso lo has dicho tú.
—¿Y me ibas a dejar ir?
—Si ibas en busca de tu felicidad. A mí siempre me encontrarás como ahora.
—Impávido. Mudo. Indescifrable. Frío.
—Tú me conoces. Yo estoy hecho. No puedo ser más que lo que soy.
—Ya sé. Ni mis fuerzas, ni mi amor, ni mis sacrificios te han enternecido.
—Nunca te pedí nada.
—Pero te lo he dado todo.
—Yo también te lo he dado.
—No todo.
—He ido respondiendo a tus deseos.
—Pero ahora no.
—No lo sabes. No hemos llegado al final.
—¿Debo esperar?
—Nada te pido. Nada, tampoco, te prometo. Eres completamente libre.
—¡Estalló la pompa de jabón!
—Vamos. Te he dicho que tengo que hacer.
—Esos misteriosos “tener que hacer . . .”.
—Bueno, vamos.
—¿Y nos vamos a separar así?
—Vieja . . . no he sido yo el de la idea . . .
—Ahora no puedo salir . . .
—¿Lloras?
—Nunca te hice escenas.
—Tú te impones una cosa y luego lloras porque tienes que obedecerte.
—No es eso.
—Sécate esos ojos. Ponte . . . algo . . .
—Ya me los seca tu frialdad. Ni una caricia. Ni una palabra.
—Quiero dejarte libre. Jamás te presioné en ningún sentido. Podría pedirte que . . .
—¡Qué! Dilo. Me harías la mujer más feliz de la tierra.
—Que sigamos como hasta ahora. Pero vuelvo a repetirte que eres completamente libre.
—No lo soy. No lo soy, querido. Te . . . quiero. Con ese lazo me he atado a ti. ¿Eres tú feliz con eso?
—Lo soy.
—¿Por qué no me lo dijiste, entonces?
—¿Cuántas vueltas tienes! ¡Qué amiga eres de las palabras! Los hechos, ¿nunca te dijeron nada?
—Mucho.
—¿Entonces?
—Entonces, seguiremos como hasta ahora. Tú . . . ;no sé! Yo, esperando . . .
—Y, ahora, ¿por qué lloras?
—Por la casa y por el hijo . . .
—Todo es cuestión de tiempo.
—Bésame.
Se abrazan. Él la desprende.
—Y vamos. Mira la hora que se nos ha hecho.
Él nos esconde los ojos porque mira el reloj. Ella los tiene iluminados. De nuevo ha concebido una esperanza.

María Rosa Durán

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Crónica de los libros

El jardín de senderos que se bifurcan

por JORGE LUIS BORGES

En el número anterior uno de nuestros redactores dedicó unas pocas líneas a este libro. No quedamos conformes y renovamos nuestro juicio.

Este es un libro para lectores. Queremos decir: Libro para lectores —si se nos permite— técnicos. Pues quien no haya desmenuzado mucha lectura, quien no esté adiestrado en acompañar la lectura con cierta imaginación (que a veces avanza sobre la del propio autor), quien no sepa leer con lentitud cuando así conviene, con desconfianza cuando ésta sea necesaria, probablemente abandone este jardín sin haber percibido ciertos matices, ciertos movimientos muy especiales. Un lector cualquiera perderá bastantes oportunidades de refocilarse, de asombrarse, y hasta de “discutir” con el autor. Se entorpecerá en oscuridades laberínticas, o en laberintos oscuros. Algunos párrafos le harán descomprender ciertas certitudes...

Existen en este libro abundantes detalles y hasta temas principales, que sólo pueden ser vividos más o menos totalmente, que sólo pueden ser reimaginados, por lectores técnicos. Pongamos este supuesto tan inquietante: Que la “Imitación de Cristo” hubiese sido escrita por Louis-Ferdinand Celine...

Todo el libro está ocupado por cosas de esta especie libresca, intelectual, con la nota, aquí, de que ahora hay frescura, humorismo, alegría. Es que, sobre estas cosas esencialmente mentales, el autor comenta fantasías varias, como sobre “paroles de Samain” un compositor escribe unas ilustraciones musicales. Música fantástica sobre “combinaciones y coordinaciones algebraicas”...

Otro ejemplo: el capítulo que comienza en la página 47 contiene una encrucijada donde nos espera el autor para asaltarnos. Hay una cita de Cervantes; hay una cita de Pierre Menard; estas “calles cortadas” constituyen la encrucijada. Creemos haber salido ilesos. Pues Borges especula con la rapidez como lee el lector común; y con el olvido donde enterramos una idea recién leída; y con la fe que acreditamos sin reflexionar al autor. Transcribe un párrafo de Cervantes, y un poco más abajo transcribe un párrafo de Pierre Menard; Borges aquí nos quisiera ofrecer el mismo pensamiento poco más o menos, pero pensado cientos de años después de haber sido pensado por Cervantes; existiría un matiz diferencial. Pasaron cientos de años, la sensibilidad, es otra; otra es la mentalidad, las formas y el mecanismo lógicos; hasta es otro el coraje en el pensar; de todo modo, es distinto un pensamiento re-pensado; es distinto de algún modo. Debajo de la cita de Menard, Borges empieza a comentar con énfasis la primera cláusula de Menard (aquí, inconscientemente, el lector le acompaña). Dice Borges, repitiendo a Menard, subrayando: “...la historia, madre de la verdad...” Efectivamente; Menard comienza así: “...la verdad, cuya madre es la historia...”

El lector se detiene, sorprendido de la profundidad expresiva y conceptual de Pierre Menard; es sorprendente; cierto de toda certeza. Este Pierre Menard, personaje de ficción, hace a la verdad —teóricamente exacta, invariable, firme, como un simple producto de la historia variable, de la caprichosa historia. Mientras la verdad es algo trascendente y metafísico, la historia es sólo composición de los hombres. Debe ser, pues, ella, la Verdad, la madre de la Historia, como escribió en verdad Cervantes en el siglo 17 y cuya cita se transcribe.

La idea (la de Menard) es asombrosa, añade Borges. Cierto, la idea es asombrosa.

Pero Borges ha estado jugando con el lector. Porque, señoras y señores, la cita exacta de Cervantes, transcripta honestamente por Borges, es cabalmente idéntica a la cita de Pierre Menard... Uno y otro dicen: “...la verdad, cuya madre es la historia...” Borges ha especulado con las situaciones que hemos mencionado arriba. No creemos haber equivocado la interpretación; hemos consultado Don Quijote; decimos, pues, que Borges ha jugado, y con naipes delante de los ojos del adversario... Aunque habíamos empleado antes una comparación con la encrucijada. No importa...

Borges ha meditado sobre la fantasía en el arte; tiene un criterio al respecto; pone a la fantasía una base real o racional; es decir: la sujeta a leyes. Los asuntos fantásticos en Borges son asuntos estrictamente imaginativos, es decir, reales... Los muestra casi siempre de un modo muy especial: no nos miente su realidad; las explicaciones pertenecen a la esfera del mundo sensible. Fantasía incontrolada sería, por ejemplo, el remoto cuento de hadas; fantasía —perdón— racional sería suponer... algo; entonces, dentro de esta esfera —supuesta— todo es posible... Sería muy conveniente una disquisición sobre el concepto de fantasía en este libro, y, ya que estamos aquí, en "La invención de Morel" fantástico relato de Bioy Casares. Ahora, a nosotros, nos llevaría lejos; y estamos escribiendo una recensión y no un examen crítico. En este punto, advertimos que nos resta algo más que decir y el tiempo apura, apresuradamente digamos, entonces, que en este libro Borges muestra un estilo claro, rápido, limpio, fácil, más valioso porque abundan en el libro conceptos enrevesados, referencias difíciles de retener, construcciones de forma dos veces negativa, etc., lo que, podría justificar una escritura oscura, lenta, dura.

"La Biblioteca de Babel" es a nuestro juicio la pieza donde se juega el juego menos afortunado. Se trata, sencillamente, de una divagación fantástica apoyada "científicamente" en el capítulo de álgebra que todos hemos examinado con fortuna o sin fortuna, y se llama "combinaciones y coordinaciones". Sobre este asunto matemático gira también otra pieza del libro.

La última pieza, que da el título al libro, es de carácter policial; es en verdad una pieza perfecta; sean nuestra sorpresa y nuestra alegría el comentario crítico. Y abandonamos algunos asuntos sin apuntarlos siquiera.

"MARCEL PROUST Y PAUL VALERY"

por ERNST ROBERT CURTIUS

Personalmente creo que se puede alcanzar una comprensión suficiente de Proust con los libros fundamentales de Benjamin Cremieux, León Pierre-Quint y Ernst Robert Curtius. Para la persona Marcel Proust son necesarios Robert Dreyfus, Robert de Montesquiou Fezensac y su hermano Robert Proust. Pues la bibliografía de este genial Marcelo, para ser agotada, reclama casi toda una vida. En este punto ha sido un autor afortunado: bibliografía numerosa, profunda, diversa; se han comentado todos los problemas posibles.

Quien no sea un proustiano tiene, pues, la fortuna de entrar enseguida en este mundo vivo que es "A la recherche du temps perdu", con solo los libros que he citado. El de Curtius acaba de divulgarse por la editorial Losada en una traducción esmerada de Pedro Lecuona. Tengamos en la memoria el nombre de este traductor, para concederle, de hoy en adelante, el crédito que merece la limpieza, la elegancia, el prodigio de síntesis, con que vertió al español el alemán de Curtius. Suerte agradable, la de Curtius, con este traductor. Curtius, autor de uno de los más fundamentales libros sobre Proust, escribe, siendo alemán, en un estilo que más bien se inserta en la traducción francesa: más cerca de Pascal que de Renán; claridad, elegancia, suavidad, exactitud; de vez en cuando, serenamente, una idea profunda o fina, en una expresión sobria y clara. No parece alemán...

Curtius divide su libro en capítulos breves todos; cada capítulo describe, desarrolla y resuelve un problema o asunto proustiano; no digo que trate todos los motivos, pero, ciertamente, aquellos que medita son esenciales o principales en la obra de Proust. Tampoco nadie podría agotar a este autor, que, a los 17 años de edad, decía: "J'ai tant a dire..."

Curtius necesita apoyarse en tesis artísticas fundamentales, cuando razona la labor de Proust; y estos regresos, por así decirlo, teóricos, constituyen otro regalo intelectual para el lector. Tan interesantes los problemas "generales" de estética son en Curtius, que obligan a volver al libro sólo para meditarlos, un poco olvidado uno de Marcel Proust. Sin que esto indique que el autor de "Albertine disparue" sea nada más que el pretexto. Vamos a transcribir unos párrafos, y crea el lector que parecidos a éstos los hay abundantes a lo largo del libro; y de este modo el lector percibirá la claridad de Curtius, su profundidad, y la elegancia expresiva.

"No se encuentra la felicidad más que buscando otra cosa. Lo mismo sucede con el goce estético. Se nos dará por añadidura cuando amemos a la belleza por sí misma como una realidad exterior viva, infinitamente superior a la alegría que nos puede proporcionar. Esta alegría no es más que el sentimiento que acompaña a la marcha vital del espíritu hacia un Ser eterno. Por eso, además, toda experiencia de belleza no es solamente una fuente de dicha, una exaltación

de nuestra sensibilidad, sino más bien el contacto con una verdad y una realidad. Allí donde sentimos una belleza literaria se esconde un valor oculto”.

Perdón, pero era necesario mostrar a Curtius. Sigue al admirable estudio sobre Proust, un ensayo de 35 páginas sobre Paul Valery, interesante, sin duda, para nuestros poetas.

El libro de Curtius forma parte de una colección que dirige Amado Alonso y en la cual se anuncia una obra de Karl Vossler como próxima a salir de la imprenta.

“HERÓDOTO, PERIODISTA”

por ANGEL RIVERA

Angel Rivera ha independizado del Boletín de la Academia Argentina de Letras un escrito sobre “Heródoto, periodista”, y lo ha distribuido en un folleto muy bien compuesto.

El título es algo irreverente. A Heródoto, llamado “El Padre de la Historia”, Angel Rivera lo califica de periodista, lo cual habría antes encrespado el estupor de los graves y agrios historiadores habituales y habituados, es decir, mecanizados y sin personalidad. Pero, evidentemente, nuestros tiempos son algo distintos a los tiempos de ayer, universitariamente hablando. Hoy se permite sonreír en las aulas, digo, en los libros de historia. Angel Rivera sonríe, lo que no quiere decir sino eso; y eso juntamente con su seriedad, es lo que constituye su propia autenticidad. La seriedad intelectual se prueba en sus citas, en sus lecturas de primera mano, en su información, y en la discreción con que trae a sus autoridades, como se decía antes. Otros, con cuántos aspavientos hubieran hecho sonar citas y referencias. Angel Rivera parece, casi, pedirnos que no sonriamos si él cita desde Tucídides, Luciano, Josefo, hasta Weill, Panofsky, Niebuhr y Trautwein. Y Pío Baroja.

Este escritor argentino cuyo nombre no está divulgado, posee un estilo propio muy interesante; fácil, limpio, sobrio, elegante, inusitado en autores de historia y filosofía... Su folleto “Heródoto, periodista”, con citas, con tesis, con referencias históricas, con principios de técnica periodística, se lee fácil y prontamente; y deja un grato gusto intelectual y artístico.

Ahora advertimos que sobre un folleto de 31 páginas, como éste, es desproporcionado, matemáticamente hablando una recensión que rebalse las seis u ocho líneas... Lo cual justificaría acabar la noticia bibliográfica, pero nos resta decir algo sobre la tesis o teoría de Angel Rivera; que es ésta: En aquellos remotos tiempos Heródoto fué más o menos lo que más o menos hoy llamamos periodista. Defiende muy bien esta tesis; que le obliga a discurrir inteligentemente sobre periodismo. Aquí, olvidó una nota que nosotros creemos muy principal y no dicha antes, y es: periodismo es dar respuestas.

El lector de diarios tiene una mentalidad y una sensibilidad de niño; pregunta, quiere respuestas. Hay que dárselas, si es posible, verdaderas, y, sino, hay que darle respuestas... Que es lo que hacía Heródoto: dar respuestas, de las dos clases: de las que decían verdad, y de las otras.

VIBRACIONES

por AVELINA BUSTOS DE QUIROGA

Un libro de versos, amable, en el que algunas estrofas alcanzan la vibración necesaria para justificar el título; pero todavía demasiado aprisionado por la retórica poética, de la que tendrá que desprenderse su autora en sucesivos trabajos, si desea un medio de expresión personal.

PROVINCIA

por CARLOS RUIZ DAUDET

Inmediatamente se echa de ver que hay en Carlos Ruiz Daudet un novelista de vocación, con un estricto sentido del relato, lo que le ha permitido escribir extraordinarias páginas sobre la vida provinciana, (más exactamente, del Sud de la provincia de Buenos Aires), y componer su novela con originalidad y certeza que dan carácter de documento, a la amena ficción que le sirve de asunto.

Una buena novela, de fácil lectura, bien escrita, bien ordenada.

EDICIONES SANTIAGO RUEDA

EN VENTA EN LAS BUENAS LIBRERIAS

MIENTRAS YO AGONIZO

por
William Faulkner

Una admirable versión al castellano del novelista Max Dickmann —que a su vez próloga esta obra—, que ha de dejar un recuerdo imborrable en todo lector.

Encuadernado, \$ 3.50

EL CASO MAURIZIUS

por
Jacob Wassermann

Este analista implacable del corazón humano, alcanza en esta obra profundidades semejantes a las que logra el gran Dostoiewski en cualquiera de sus novelas.

Encuadernado, \$ 6.—

EL PARALELO 42

por
John Dos Passos

Un libro equivalente a "La Guerra y la Paz" de Tolstoy o a la "Comedia Humana" de Balzac, ha dicho la crítica de esta obra del autor de "Manhattan Transfer".

Una traducción de Max Dickmann

Encuadernado, \$ 5.—

EL HOMBRECILLO DE LOS GANSOS

por
Jakob Wassermann

Una obra maestra de la literatura alemana. Su autor se revela como un lírico formidable, capaz de llevar la humana tragedia a límites insospechados.

Encuadernado, \$ 6.—

MANHATTAN TRANSFER

por
John Dos Passos

La novela norteamericana más aclamada en todo el mundo, como el libro que da la visión exacta de la afiebrada vida de Nueva York.

Encuadernado, \$ 5.—

LAS SINFONIAS DE BEETHOVEN Y MUSICOS ILUSTRES

por
H. Berlioz

Un libro para el conocimiento de los grandes genios de la música.

\$ 2.50

VOCES Y COSTUMBRES DEL CAMPO ARGENTINO

por
Pedro Inchauspe

Un volumen hermosamente ilustrado, sobre temas nacionales.

Encuadernado, \$ 6.—

PARA OLVIDARSE DE LA GUERRA

por
Augusto Mario Delfino

La emoción de Buenos Aires, frente a la actual guerra.

\$ 2.—

HIJA DE LA TIERRA

por
Agnes Smedley

El amor y el llamado de la tierra en una novela de gran emoción.

Encuadernado, \$ 3.50

EL DOCTOR ARROWSMITH

por
Sinclair Lewis

Este libro nos pone en contacto con el mundo de la medicina.

Encuadernado, \$ 5.—

MADRE AMERICA

por
Max Dickmann

Novela ya famosa en todos los países de habla española, vigoroso cuadro de la vida en los ríos y pequeños pueblos.

Encuadernado, \$ 3.—

ANTOLOGIA DE POETAS AMERICANOS

presentada por
Ernesto Morales

Los más grandes poetas de todos los tiempos y de las tres Américas reunidos en un primoroso libro accesible y manuable.

\$ 15.—

TRATADO DE LA DESESPERACION

por
Soeren Kierkegaard

La nobilísima figura de la literatura danesa en el más fondo de sus libros.

\$ 2.50

EL TEATRO DE LOS MAS CHICOS

por
Germán Berdiales

70 números breves de teatro para las fiestas de todo el año.

\$ 3.—

FLORIDA 377 Santiago Rueda - editor Buenos Aires

SEIS CONCIERTOS DE MUSICA GRABADA

por **TOBIAS BONESATTI**

En su empeñosa tarea de difundir conocimientos musicales, el profesor Tobias Bonesatti, que se ha especializado en la materia, ha publicado con el auspicio de la Universidad Nacional de La Plata, los comentarios a los programas de música mecánica, que con fines pedagógicos ha realizado.

La sencillez didáctica y versación de Bonesatti hacen muy apreciables este intento de diferenciación y comprensión de la música clásica y moderna.

6

por **EMILIO PETTORUTI**

En un original opúsculo, Pettoruti ha reunido seis artículos con meditadas conclusiones novedosas sobre tópicos de apasionante actualidad. Su notable versación en la materia que trata y la claridad de su exposición hacen muy útil esta publicación que debería estar en todos los centros pedagógicos y artísticos del país.

TIEMPO DE ADVIENTO

por **FELIX M. PELAYO**

En lujosísima edición dirigida por Amadeo Dell Acqua, Pelayo publica veinticuatro sonetos que añaden nuevas expresiones a su ya vasta labor poética. Todas las composiciones tienen estrofas felices...

*Para ganar tu corazón distante,
mi corazón audaz debe perderte;
sólo te busca en el retorno amante
y no en la fría exaltación de verte.*

LA CIUDAD DEL HIERRO VERDE

por **RAMON PRIETO**

Una interesante novela brasileña en la que el autor revela profundo conocimiento de los caracteres, problemas y paisaje del país vecino y estimables dotes de novelista.

EL HOMBRE DEL 18 DE AGOSTO

por **JULIO ALFREDO COMO**

Se inicia este escritor con un libro de cuentos de diversa naturaleza; pero con páginas originales y amenas y escritas con evidente deseo de superación, que logrará a medida que sea mayor su dominio del oficio.

FARSA

por **MONTIEL BALLESTEROS**

El incansable trabajador que hay en el autor de "Cuentos Uruguayos" acaba de publicar, en Montevideo, en impecable volumen, la excelente "Farsa" que estrenara con tan buen éxito el Teatro del Pueblo, en anteriores temporadas.

La intencionada y poética pieza podrá así ser gustada en el recogimiento de meditada lectura y a la vez, difundida por los centenares de teatros independientes de la Argentina, Chile y Uruguay, que constantemente reclaman obras para su repertorio.

No es del caso reeditar un juicio crítico sobre esta obra que tan conceptuosa-mente fué recibida por la crítica en su oportunidad.

BANCO INGLES

por **ISIDORO SAGÜES**

La Editorial Losada ha puesto en circulación el libro que el jurado de la SADE eligió como merecedor de los honores de la publicación. Son sencillos relatos marineros en los que el escaso interés está compensado por el conocimiento directo del asunto que trata.

ULTIMAS PUBLICACIONES

- ESPAÑOLES DE TRES MUNDOS**, por Juan Ramón Jiménez \$ 4.—
Una serie de retratos, siluetas y caricaturas líricas de escritores y artistas españoles y americanos. Originalísimas interpretaciones por el gran poeta autor de **PLATERO Y YO**.
- USTEDES Y NOSOTROS (NUEVO MENSAJE A IBERO AMERICA)**, por
Waldo Frank „ 3.50
Ante la inminencia del riesgo común el gran ensayista norteamericano, cuya opinión posee tanto crédito en toda Hispanoamérica, formula normas de acción.
- FORTUNATA Y JACINTA**, por B. Pérez Galdós (4 volúmenes) cada uno „ 2.50
la mejor obra del gran novelista español cuyo primer centenario de su nacimiento se cumple próximamente.
- POESIA JUNTA**, por Pedro Salinas „ 6.—
Toda la obra del gran poeta español, una de las figuras más representativas de la lírica contemporánea en nuestro idioma.
- AZORIN**, por Ramón Gómez de la Serna „ 2.50
Un libro que es no sólo la biografía de este gran escritor, sino también la historia de toda una época literaria, y particularmente, de la famosa generación de 1898.
- LA VORAGINE**, por José Eustasio Rivera „ 2.50
La novela de la selva. Una obra maestra de la novelística americana.
- LA ESCUELA VIVA**, por Olga Cossettini „ 3.—
Un libro que refleja las últimas experiencias de la moderna pedagogía hechas en su escuela de Rosario por una prestigiosa educadora argentina.
- AL MARGEN DE LOS CLASICOS**, por Azorín „ 2.—
Sutilísimas interpretaciones de las obras maestras de la literatura castellana desde el Poema del Cid hasta Becquer.
- CUADERNOS DE INFANCIA**, por Norah Lange „ 2.50
Tercera edición de este libro laureado con el premio Nacional de Literatura.
- ¿QUE ES LA LINGÜISTICA?**, por Benvenuto Terracini „ 1.25
- AFORISMOS**, por Georg Christoph Lichtemberg „ 3.50
- WAGNER, SU VIDA Y SU OBRA**, por R. L. Jacobs „ 6.—
- NUESTRA SEÑORA (novela)**, por Upton Sinclair „ 3.50
- LA RECONSTRUCCION ECONOMICA DE ESPAÑA, ENSAYO ESPECULATIVO SOBRE UN FUTURO PROBABLE**, por M. Serra Moret „ 1.—
- INTRODUCCION A LA ESTILISTICA ROMANCE**, por Karl Vossler, Leo Spitzer y Helmut Hatzfeld „ 3.50



EDITORIAL LOSADA, S. A.

ALSINA 1131 ★ BUENOS AIRES

GLOBOS DE COLORES

por **ROSA CANTO**

La exquisita poetisa española Rosa Canto ha publicado un volumen de cuentos infantiles, ilustrado con gracia por F. Busto, que tienen la propiedad de ser sencillos de toda sencillez, como conviene al género, sin caer en lo vulgar y con emotividad y ternura de quien entiende el alma del niño.

LOS CREADORES

por **S. ZWEIG**

La Editorial Tor, acaba de poner en circulación este gran libro de Zweig, que es una de sus últimas obras, en la que trata de la creación artística como uno de los más profundos misterios del mundo.

SANGRE NEGRA

por **RICHARD WRIGHT**

La Editorial Sudamericana ha puesto en circulación esta novela que se suma a los intentos más logrados de analizar la idiosincrasia del hombre de color y los problemas de su convivencia en los centros más evolucionados de la raza blanca.

BOLETIN (1)

DE LA U. H. A. O.

Esmeradamente impreso y con un sumario en el que figuran Enrique de Gandía, Olimpia L. Righetti, Blanco Villalta, Muñoz Sanz, Mercedes Riglos de Trincado y el propio director, el filólogo D. Félix F. Corso, apareció el primer número de esta publicación de la Unión Hispano Americana Oceánica.

AGONIA (9)

Su título en la acepción de "lucha, combate, contra todo lo que impide que el hombre se realice". Trae colaboraciones argentinas y extranjeras, en su propio idioma, incorporando así una modalidad nueva en este tipo de publicaciones. La dirigen con visible acierto Miguel Alfredo Olivera, Patrich Oспен Dudgeon y Robert Salmón.

ARGENTORES (35)

Un nutrido material informativo y algunos artículos retrospectivos contiene el Boletín Oficial de esta entidad.

NOSOTROS (76)

Un tomo con abundante material literario entre el que destacamos artículos de Margarita Sarfatti, Carmelo Bonet, Berenguer Carisomo y una semblanza de Roberto Arlt por Alvaro Yunque.

SUR (94)

Casi la mitad de este número está dedicado a Borges. Nuestros mejores escritores lo desagran así porque su libro no fué distinguido por el jurado de los premios nacionales. Aun cuando nosotros criticamos en Borges cierto afán literario de complicar las cosas, una especie de reserva aristocrática con respecto a las cosas del mundo, una tendencia a deshumanizar su obra, nuestro recelo no nos impide reconocer en Borges al excepcional escritor sabio y agudo y adherir al más valioso premio que "Sur" acaba de otorgarle con este homenaje.

VERDE MEMORIA (2)

Ya es un alarde que una revista "de poesía y crítica" aparezca puntualmente. Una sección de crítica encarada con valentía y poesías de Roberto Paine, Héctor Villanueva, Juan Rodolfo Wilcock y el norteamericano William T. Foster, cuidadosamente traducidos, contiene este segundo número de "Verde Memoria", que dirigen los poetas Ana María Chouby Aguirre y Juan Rodolfo Wilcock.

ARGENTINA GRAFICA (72)

Esmeradamente impreso y con estudios de interés para el gremio aparece esta publicación de los industriales gráficos.

EL LADRILLERO (53)

Destacamos lo bien escrito y orientado que está este periódico de los obreros ladrilleros de la provincia.

ROSAS Y LOS ASESINATOS DE SU EPOCA

por JUAN J. BAJARLIA

Hay dos figuras en la historia nacional de nuestro país, a las cuales los investigadores les dedican con bastante frecuencia estudios sobre sus personalidades y obras. Una de ellas es Domingo F. Sarmiento. La otra es Juan Manuel de Rosas. Sobre el primero se ha escrito y se escribirá acerca de la dimensión nacional, y aún continental, de su obra y personalidad. Sobre el segundo se tejen comentarios con bastante apasionamiento y muy especialmente sobre la época en que le tocó actuar y en particular sobre su obra de gobierno.

Indiscutiblemente, Rosas es un producto de nuestra tierra y como tal debe ser juzgado. Exégetas hay que lo combaten crudamente, ubicando su período de gobierno en la época más turbulenta de la historia nacional. Pero este aspecto está robustecido con graves cargos, formulados contra la administración de Juan Manuel de Rosas y también contra los procedimientos políticos que empleaba, para afianzar su posición en el poder y paralelamente a ello, ir eliminando a sus opositores.

Juan J. Bajarlia, que se ha constituido en un estudioso de las cuestiones rosistas, en su último libro, con espíritu imparcial, juzga la obra del estanciero Juan Manuel de Rosas, extrayendo conclusiones en torno a los asesinatos cometidos en ese período febril en que gobernaba la provincia de Buenos Aires, resistiendo a fuertes núcleos de la opinión argentina.

Otros comentaristas sostienen que la unión nacional se obtuvo por la política férrea desplegada por los federales e impulsados éstos por Rosas. Lo cierto es que, el único argumento de fuerza que esgrimen para glorificarlo es el de la unión nacional. Creemos que es un grave error atribuirle a Juan Manuel de Rosas, únicamente, el vehemente deseo de organizar el país.

La República Argentina, configuró su límite geográfico y afianzó el orden interno con la sangre de muchos de sus ilustres hijos. Nadie puede apoyarse en figura determinada y atribuirle a ésta los mayores éxitos para el bien del país, sabiendo previamente que hubieron hombres que ofrendaron sus vidas sin tener en cuenta nada más que los beneficios del pueblo.

La personalidad de Juan Manuel de Rosas se ha prestado en los últimos tiempos para una política de índole regresiva. Grupos de intelectuales utilizándole como bandera de combate, encuentran un parecido en su política, con ciertos regímenes implantados hoy en algunos países. Pretenden reivindicar su figura arguyendo que no se ha hecho justicia con él.

Juan J. Bajarlia hace la disección de esa época tortuosa que caracterizó el período rosista. Y a tal efecto, analiza los asesinatos realizados contra Mariano Lamadrid, Juan Lavalle, Manuel V. Maza, Juan A. Maza, Bernardo Monteagudo, Angel V. Peñaloza, Juan P. Pringles, Facundo Quiroga, Florencio Varela, y muchos otros hombres que cayeron con los días, por oponerse de una u otra manera a los designios del estanciero bonaerense.

La abundante bibliografía acumulada sobre la vida y obra de Juan Manuel de Rosas, cuenta a partir de este momento con el libro de Bajarlia, que viene a enriquecer así este tipo de literatura, en momentos en que es tan necesaria una opinión más sobre el diabólico Juan Manuel.

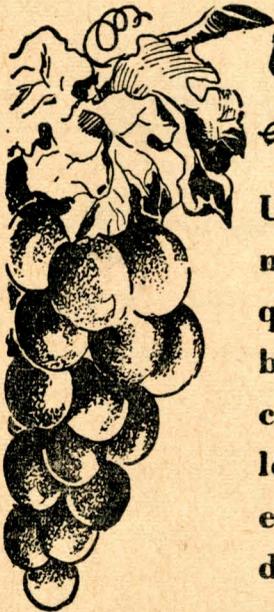
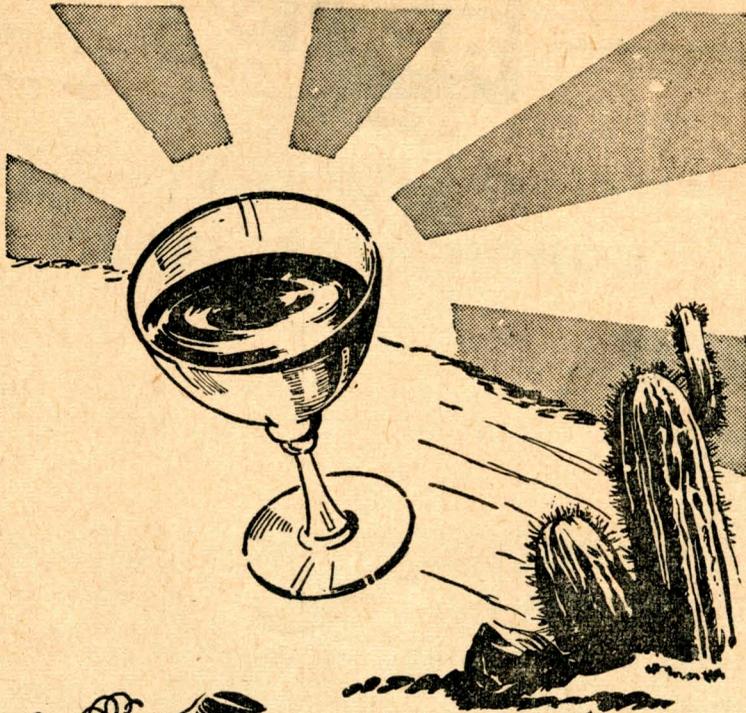
El libro ha sido escrito con estilo sencillo, accesible a los lectores, casi diríamos periodístico. Contiene una tabla de los principales asesinatos perpetrados en veintitrés personas. Asimismo en ésta se consignan las fechas, los lugares donde cayeron las víctimas y quiénes fueron los victimarios. Trae además una serie de aclaraciones de esta tabla trágica y un apéndice en el cual se confrontan opiniones sobre la época de Rosas.

Se abre el libro con prólogo de José Antonio Saldías cuyo texto nos exime de comentarlo por la claridad del mismo.

La edición fué hecha en la editorial Araujo, de Buenos Aires.

J. ITZCOVITZ.

El Teatro del Pueblo no recibe subvenciones y ninguno de sus actores o miembros de la entidad tiene empleo oficial. Con fondos propios atiende las costosas reparaciones del antiguo edificio que le cedió la Comuna para establecer su sede, como única y exclusiva contribución a la obra de bien público que realiza desde hace doce años, sólo posible por la desinteresada contribución de sus artistas.



EL CALOR *del SOL*
en CADA COPA **de VINO**

Una sensación de cordialidad nos trae cada copa de vino que bebemos, es como si esa bebida hubiera atesorado el calor del sol absorbido por los racimos y nos devolviera en forma líquida los rayos del astro que anima la vida de la tierra.

JUNTA REGULADORA DE VINOS

Leyes 12137 y 12355

Ministerio de Agricultura de la Nación



TERCER CICLO

en su original sala de exhibiciones
CORRIENTES 1553

decorada por

JUAN CASTAGNINO - CESAR LOPEZ CLARO
MANUEL O. ESPINOSA - ORLANDO PIERRI



LAS OBRAS MAESTRAS
DEL CINE MUDO
LAS OBRAS CLASICAS

EXPERIMENTALES
DOCUMENTALES
CIENTIFICAS



SALINERA HISPANO AMERICANA
PEDRO PLAYAN
Moderno Establecimiento Salinero

PRESENTA:

Un producto netamente argentino, tan buena como la mejor extranjera.

Paquete de 180, 360 y 800 gms

SAL FINA PARA LA MESA
Solicítela a su proveedor.

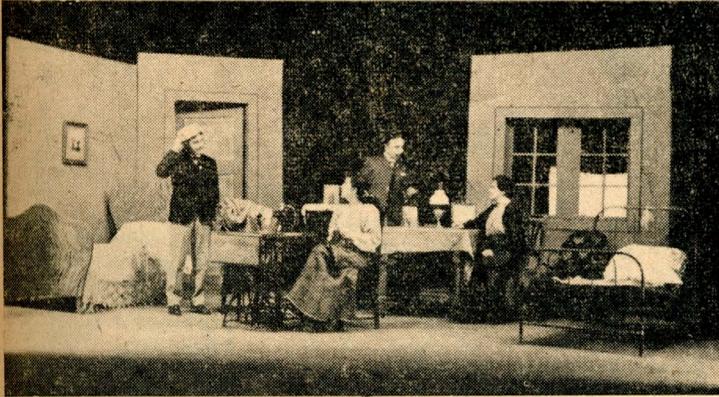
3244 - INCLAN - 3246

U. T. 61 - 3666 1309

BUENOS AIRES



El doctor Carlos Iburguren, presidente de la Comisión Nacional de Cultura y el director del Teatro Nacional de Comedia, D. Alejandro Berrutti, aplauden complacidos la obra de Luis Cané en el Teatro del Pueblo.



Escena de "Un buen negocio", de Sánchez.



Juan Pinto

autor del "Panorama de la literatura argentina, que pronunció su anunciada conferencia sobre la obra literaria de Barletta.



El diputado nacional Dr. D. Nicolás Repetto asiste a una de nuestras funciones.

Ludisch

Es, sin duda, la comedia más original del siglo XVI, y asigna al autor un lugar entre Aristófanes y Molière.
D'ANCONA Y BACCI.
(Manual de Literatura Italiana. Ed. Barbera).

Es una obra de solaz y desahogo, hecha de una vez; pero de importancia y valor bien diversos de los imaginados. Sus intenciones eran las que confiesa en el Prólogo: entretenerse él y los demás, reír y hacer reír con la representación de la realidad. Pero la divagación, por potencia de genialidad artística, convirtiéndose en suprema creación. En verdad, esta comedia es la más potente y profunda sátira de la sociedad del 500.

LUIGGI TONELLI.



“La Mandrágora” es superior a las mejores comedias de Goldoni y sólo inferior a las mejores de Molière. Machiavelo, en “La Mandrágora”, ha demostrado entender plenamente la naturaleza del arte dramático y tener ingenio como para ser excelso en él... Con correcto y vigoroso esquema de la naturaleza humana, sin concesión alguna a intrigas amables y artificiosas, se nos revela como un autor de eficaz atracción y excita la risa sin la más mínima pretensión de aparecer intencionado. Sus personajes resisten con holgura la comparación con los mejores de Shakespeare y Molière. Podemos agregar que los versos que salpican “La Mandrágora” nos parecen las cosas más correctas e ingeniosas que Machiavelo haya escrito en metro. Los contemporáneos del autor no fueron ciegos acerca del mérito de la sorprendente comedia. Fué representada en Florencia con felicísimo éxito. León X la admiraba, y, por su deseo, fué recitada en Roma.

T. B. MACAULAY.
(Ensayo sobre Machiavelo. Ed. Bietti. Milán)

Las comedias del Lasca son, en verdad, las más vivas, festivas y realistas de la mayor parte de las del llamado siglo de oro de nuestras letras y podría decirse de toda nuestra literatura, si no fuese por el enorme recuerdo de “La Mandrágora”.

GIOVANNI PAPINI.
(Pref. de “La Strega”. Ed. Carabba)

“La Mandrágora” es una obra maestra, no vinculada a modelo alguno de realística representación de la época en sus miserias morales. En su sobrio juego escénico, en la naturalidad del diálogo, en la pintura de los caracteres, en la precisión del análisis moral, tiene una amarga comicidad llena de fuerza satírica, que anticipa algunos de los caracteres esenciales del teatro moderno de costumbres.

GALILEI Y ALTERRIOCA.
(Curso de Literatura Italiana para las Escuelas Secundarias. Ed. Zanichelli).

Su risa es fruto de la melancolía. Mientras Carlos VII de Francia, “correva l'Italia”, Piero de Médicis y Federico de Aragón se escribían sus intrigas de amor; el cardenal de Bibbiera, “asesinado de amor” y el Bembo exhalaban sus suspiros; Machiavelo predicaba en el desierto, amonestando, aconsejando y sin ser escuchado ni valorado. Entonces hizo como los demás: escribió comedias y tuvo el honor de hacer reír mucho al Papa y a los cardenales.

DE SANCTIS.



Nuevo cuello inarrugable
con ballenas
PLUS ULTRA

COMODO. ELEGANTE
ideal para toda época

EN VENTA EN TODAS LAS CAMISERÍAS



ESTUDIO SHAWAND

CULTURA FISICA

el propósito de la educación es dar al cuerpo y al alma toda la belleza y toda la perfección posibles

— PLATON

GIMNASIA RITMICA

G I M N A S I A

M A S A J E S

JUEGOS DEPORTIVOS

D A N Z A S



PROFESORA

VERA SHAW

Univ. de Wisconsin U. S. A.

PROFESOR

ALEX WANDSCHNEIDER

Kinesicologo — Fac. Med. Bs. As.

SANTA FE 2227

U. T. 41 - 4244

Correspondencia
secretario:
Mario S. Cao
Corrientes 1530
3 5 — 3 6 0 6

Solicitamos canje
On demande l'échange
Si sollecita contraccambio
We ask exchange

Le a :

SUR
VERTICE
NOSOTROS

Este cuaderno
fué impreso con
Tintas Letta
en el antiguo
taller de
Lorenzo Rañó
(fallecido)

impresor de
dos generaciones
ordenado por
Leónidas Barletta
y compuesto por
el tipógrafo
Domingo Rocco
y los prensistas
Enrique Perdix
Antonio Del Mónaco
y el aprendiz
Miguel Mora,
con lineotipos de
Goggi y Peña
sobre papel de
ITURRAT S. A. C.



Independencia 3257
45, Loria 0688
Buenos Aires



*Una creación más
para una necesidad distinta*

El nuevo cigarrillo

Gavián
ETIQUETA BLANCA

de 20 ctv.

ha sido creado con esta exclusiva finalidad:
satisfacer el gusto de otro sector de fumadores.

¡De ahí su inmediata aceptación!

*¡Y de ahí, también, nuestra legítima complacencia
por el acierto de este nuevo esfuerzo!*

Manufactura de Tabacos "FABTICULAR" V FOREGO S.A.
RESPONSABILIDAD EN LO QUE HACE. RESPONSABILIDAD EN LO QUE DICE



**ediciones del teatro del pueblo de
buenos aires, en corrientes mil qui-
nientos treinta, en buenos aires,
república argentina.**